ANT-XIX-1787/19

ILUSTRACIONES

AL POEMA LATINO

DEL OBISPO RANGERIO

(SIGLO XII)

EN DEFENSA DEL PODER ESPIRITUAL Y TEMPORAL

DE LOS PAPAS

POR DON MANUEL MUÑOZ GARNICA,

Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de Jaen.

19413
1078

CON APROBACION DEL ORDINARIO.

JAEN.

IMPRENTA DE LOS SRES. RUBIO,

Plaza de Santa Maria.

1875.

ILUSTRACIONES

AL POEMA DE RANGERIO.

19 cm/s
R.44.624
BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

ILUSTRACIONES

AL POEMA LATINO

DEL OBISPO RANGERIO

(SIGLO XII)

EN DEFENSA DEL PODER ESPIRITUAL Y TEMPORAL

DE LOS PAPAS

POR DON MANUEL MUÑOZ GARNICA,

Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de Jaen.

CON APROBACION DEL ORDINARIO.

JAEN.

IMPRENTA DE LOS SRES. RUBIO,

Plaza de Santa María.

1873.

Con el título de *Poema de Rangerio* escribí en la revista católica *La Ciudad de Dios* varios artículos, destinados á dar á conocer un libro precioso, que se creia perdido para siempre. Después de su inesperado hallazgo, guardábase en la Real Academia de la Historia, con cuya licencia lo dió á luz en 1870 el Sr. D. Vicente de la Fuente.

Escribí dichos artículos sacando del poema del obispo Rangerio argumentos de mucha fuerza en favor del poder temporal y espiritual de los Papas. El lector podrá

apreciarlos fácilmente trasladándose en espíritu á la edad media, época de grandes turbulencias y de injustísimas opresiones que sólo hubiera podido desterrar la bienhechora accion del Pontificado y el generoso espíritu de la Iglesia Católica.

Mi ilustre Prelado el Excmo. Sr. D. Antolin Monescillo, obispo de Jaen, ha creido que con preferencia á otras ocupaciones debiera reproducir aquellos artículos formando un opúsculo. La reciente catástrofe de las naciones católicas por la apostasía de los Gobiernos, la formacion del imperio germánico y su actitud hostíl en frente de la Iglesia, duramente oprimida en su augusta cabeza y en todos sus miembros, recuerdan las violencias del emperador Enrique, que suscitaba Anti-papas y maltrataba al Pontífice, y con sus ejércitos ensangrentaba el suelo de la Italia, y mantenia indecisa la contienda entre la civilizacion y la barbarie. Conviene repasar el cuadro de aquellas persecu-

ciones en medio de las cuales la Iglesia armonizó tantos elementos, y formó de los pueblos de Europa una sola familia. Si la barbarie fué vencida, la Iglesia obtuvo esta victoria: si las naciones se levantan en masa con unidad de miras, con movimiento uniforme, obrando los milagros que obró aquella fraternidad europea, no escrita en una hoja de papel, sino en la conciencia de los pueblos católicos, debióse á la iniciativa del Pontificado. Hablar hoy de la edad media para acusar á la Iglesia, es tomar la Historia al revés, ó no querer agradecerle el servicio que nos prestó sacándonos de la barbarie.

Del mismo parecer es el Sr. La Fuente. Apresúrome, pues, á llenar las indicaciones de mi ilustre Prelado, cuya iniciativa es universalmente respetada, y tengo una especial satisfaccion en propagar más y más el conocimiento de los trabajos del docto académico, que ha merecido bien de la Igle-

sia por la pureza de su doctrina y el mérito de sus escritos.

¿Fuera mejor, como algunos me aconsejan, escribir un libro? Bien quisiera tenerlo escrito y publicado: dos dificultades, tan temible la una como la otra. Mas yo espero que los artículos mismos, con algunos importantes aumentos que han recibido al pasarles la mano, serán del agrado del público, ante cuyos ojos deséo hacer brillar la luz de tan antiguos ejemplos, para que contemple con horror el abismo en que al grito de libertad y con la seduccion de otros nombres que no significan lo que suenan, nos vá precipitando esta odiosa conjuracion contra Dios y su Cristo.

I.

Floreció en Luca (Italia) corriendo el undécimo siglo de nuestra era el obispo Rangerio, sucesor de Gothiffredo, como éste lo fué del obispo Anselmo, venerado por la Iglesia entre los santos. Bastaria la elevada dignidad de este último y el recuerdo de su nombre, para excitar entre los eruditos el deseo de conocer á un personaje de tiempos tan remotos: que si se añade la natural participacion que no pudo ménos de tener tan santo obispo en los importantes acontecimientos de la edad media, desconocidos para muchos, incompletos, desfigurados ó mal juzgados de no pocos críticos á impulsos de la pasion, ó extraviados por una ignorancia en cierta manera disculpable, sube de punto el interés, y crece vivísimo este deseo, que no se apagará sino con noticias verídicas y puntuales de algun panegirista y biógrafo contemporáneo.

Pues esto sucedió con el insigne obispo de Luca san Anselmo. Su época fué la de san Gregorio VII,

intrépido defensor de la independencia de la Iglesia y austero reformador de las costumbres. Por su lado pasaron el emperador Enrique IV y el conquistador de Inglaterra, Guillermo de Normandía: entre aquellos pueblos de temperamento cristiano y de costumbres duras por el hábito de la guerra vivió la Condesa Matilde, ilustre defensora del Pontificado, de ánimo varonil y prudente para vencer tenaces resistencias que á la reforma de las costumbres se oponian. Finalmente, habia de por medio tantos hereges, tantos cismáticos, tantos hipócritas que de penitentes se volvian perseguidores, y que de concertados defensores del poder temporal y espiritual de los Papas se mudaban en opresores y acérrimos enemigos del Soberano y del Pontífice, que nó puede ménos de ser interesantísima la vida de un santo obispo, colocado en el teatro de aquellos sucesos, de varia manera juzgados, pero de suma trascendencia en aquel siglo y en los futuros respecto de la Iglesia y de la sociedad.

Rangerio escribió en verso latino la vida de San Anselmo de Luca á principios del siglo XII; pero se perdió este poema que ahora sale á luz por primera vez al cabo de unos ocho siglos. No se perdió la noticia de su existencia; mas dónde se hallaria tan venerable monumento, se ignoraba. Algun escritor italiano, informado de las antigüedades de su país, daba ligera noticia del poema, que nadie conocia; y el célebre Muratori perdió

la esperanza de encontrarle. Escribiendo los Bolandos la vida de San Anselmo en el dia 18 de Marzo *(Acta Sanctorum)* dijeron que el Poema de Rangerio no se habria perdido; que estaria en alguna parte cubierto de polvo y carcomido por la polilla: lo que bastó para que lo buscasen con mayor empeño los más activos investigadores de las antigüedades eclesiásticas. Tuvo la fortuna de encontrarle en España el P. Fr. Jaime de Villanueva, dominicano, varon docto, de mucho ingenio, erudito y diligente cual era menester para el hallazgo y la copia que hizo por su propia mano, con el auxilio de Fr. Ignacio Herrero, religioso de la misma órden. Arreglados los trabajos y comenzada por los años de 1804 á 1808 la impresion del Poema, no permitieron las circunstancias del país, todo conmovido por la guerra de la independencia, que se llevase á feliz término. Nuevamente se perdieron el códice y la copia; pero hallados en 1866 entre los libros y papeles que pertenecieron á Fr. Ignacio Herrero, pasaron á poder de la Real Academia de la Historia, con cuya licencia expedida en 19 de Noviembre de dicho año, el docto académico D. Vicente de Lafuente ha publicado la vida de San Anselmo de Luca bajo este título: SANCTI ANSELMI LUCENSIS EPISCOPI VITA, A RANGERIO SUCCESSORE SUO, SAECULO XII INEUNTE, LATINO CARMINE SCRIPTA.

Ilustran este Poema notas muy sustanciosas ó preciosos comentarios utilísimos para la inteligen-

cia de muchos pasajes: trabajo del Sr. Lafuente, de quien son las noticias con que empezamos á dar cuenta de tan interesante publicacion, puestas con mucha claridad en un sencillo y elegante PREFACIO, bello vestíbulo que dá entrada al vetusto monumento. Ha hecho asimismo oportunas divisiones del Poema en libros y capítulos, evitando molestias al curioso lector, que logra sin fatiga trasladarse en espíritu á los siglos medios, tratar muy de cerca á los calumniados personajes, y conocer mejor los sucesos de una época turbulenta y oscura. *La vida de san Anselmo* derrama nueva luz sobre la historia y exhala cierto perfume que penetra el sentido, como las yerbas aromáticas de la inculta sierra, que espontáneamente y sin que nadie las exprima, embalsaman el aire.

Rangerio, autor de otro Poema *(De annulo et baculo)* empleó más de 7.000 versos exámetros y pentámetros en la vida de san Anselmo.

A principios del siglo XII el presbítero Donizone escribió en versos latinos la Vida de la Condesa Matilde, y en ella hizo mencion del Poema hasta ahora inédito de Rangerio: del cual pareció tomar (y no fué así) los versos siguientes:

Filiolae Petri, violae post lilia dentur,
Detur ei de fonte Dei ros unde rigentur:

que no se hallan en el escrito apógrafo descubierto por el Padre Villanueva. ¿Estarian estos

versos en el ejemplar *archetipo*, y se omitirian en la vetusta copia? De faltas adolece el apógrafo manejado por el Sr. Lafuente; carece de principio y tal vez le falte algun adorno final, lo que indica con miedo el ilustre académico. El Poema se lee sin sospecha de mutilaciones por ignorancia ó descuido, pues acaba muy naturalmente haciendo relacion de los milagros obrados despues de la muerte del Santo. Pero ¿á quién se referian los citados versos? Sin duda alguna á la Condesa Matilde; luego eran parte de alguna misiva ó dedicatoria de Rangerio á Matilde de Canosa, tiernamente amada como tan buena hija de la Iglesia, *Filiola Petri*, enviándole la Vida de san Anselmo, ó lo que es más probable, el otro Poema *De annulo et baculo* que escribió despues, y acaso á instancias de la Condesa.

El hallazgo de un libro tan precioso que devolvemos los españoles á Italia, es un suceso feliz, inesperado en estos dias. Con razon exclama el Sr. Lafuente: «Liceat ergo mihi, amatoribus antiquitatis et eruditis hoc antiquum monumentum medii aevi desiderantibus, dicere cum muliere deperditam drachmam reperiente:—*¡Congratulamini mihi, quia invenimus drachmam quam perditam credebamus!*»

Digno es el poema de Rangerio, con las anotaciones que le acompañan, de varios artículos que compusieran un verdadero *estudio histórico y filológico*: pero nosotros habremos de limitarnos á

esclarecer algunos puntos históricos. Las falsificaciones están de moda: cada vez se juzga con mayor ligereza ó mayor temeridad: y hay gentes que en mentándoles á Hildebrando, ó en citándoles testimonios de la edad media, se horripilan. Por fortuna las rectificaciones históricas en que de algun tiempo á esta parte se ejercitan los sabios van corrigiendo el errado sentir que iba formando la opinion; y con esta luz y la que despide el venerable documento que tenemos entre manos, esperamos ilustrar más y más algunos puntos de la historia eclesiástica y confutar ciertas apreciaciones de la crítica contemporánea, tan falsas como atrevidas.

En el Poema de Rangerio corren juntas y entrelazadas la vida de San Anselmo y la de San Gregorio VII: y como es natural, ésta aventaja á aquella en extension y en importancia.

II.

En el siglo IX el Papa Leon IV se propuso combatir la simonía y la incontinencia y otros muchos males que corrompian la sociedad y causaban á la Iglesia gravísimos daños. Con la misma resolucion combatió San Nicolás I á los cismáticos de Focio y á los príncipes que oprimian y vejaban á la Iglesia, y otros papas hicieron lo mismo:

Et plures alii quos numerare gravat:

como escribe Rangerio. Llegó al Pontificado Alejandro II, y continuó la *piadosa guerra* contra tales abusos, á pesar de la dulzura de su carácter:

Surgit Alexander et pia bella facit.

Primero fué obispo de Luca, y no proveyó la sede que por su promocion quedaba vacante hasta poder conferir el episcopado á su sobrino Anselmo, que tenia muy pocos años y ya daba señales muy claras de su virtud.

Entretanto, Cadolao quiere hacerse Papa y persigue al verdadero. Sale de Parma, dá la mano á los reyes, les hace ofertas, lisonjea á todos los simoniacos siéndolo él mismo más que ninguno, y

vuela ardiendo en infernales pasiones á destruir la Iglesia. El Papa le resiste, y llama cerca de sí á Hildebrando.

Ya tenemos en escena á este pobre monje, hijo de un pobre carpintero de la Toscana. Nació hácia el año 1013. Acudió en auxilio del Papa, y hablaba por él, como en Zaragoza predicaba san Vicente mártir por el obispo san Valerio, y por la misma causa. El Papa era balbuciente como lo dá á entender Rangerio:

> Sic et Alexander verbis vulgariter utens,
> Saepe vacillabat retro vel ante cadens.

Pero rechazó con tanta energía las brutales amenazas, que Cadolao hubo de retirarse á Parma. El emperador, que habia entrado en la trama, se reconcilió con el Pontífice:

> Peccavimus, optime pastor,
> Et Rex peccavit, sed venit ad veniam.

Esta súplica pone Rangerio en boca de Hanno, legado del emperador.

Despues de esta victoria, ocupó Anselmo la sede episcopal de Luca. Era muy jóven y no fué consagrado; pero siendo obispo estudió Gramática, Retórica y Dialéctica. Rangerio hace un sencillo elogio de sus virtudes; jóven aún, peleó contra los simoniacos. No quiso la confirmacion que

por razon de los feudos daba el emperador á los obispos: protestó contra ella, y los áulicos contra el obispo. Muere Alejandro II y le sucede Hildebrando con el nombre de Gregorio VII. Gran Papa y gran santo que llena el mundo con su nombre. Su eleccion fué en el año de 1073.

Por este tiempo Guillermo I conquistó la Inglaterra; Felipe I aumentaba la majestad de su poder real en Francia; Roberto Guiscard y su hermano Rogerio creaban para sí ducados y principados en el mediodia de la Italia; y por último, á la cabeza del imperio estaba Enrique IV, «sostenido, dice un historiador, por príncipes de dudosa fidelidad, aborrecido de los grandes cuyos derechos violaba, solamente amado de sus favoritos.» [1] Entre tales príncipes habia de reinar el Papa. Lo peor era el estado del clero en occidente, desmoralizado por la simonia y por la incontinencia. Los príncipes solian elegir para abades y obispos, no al más santo, sino al que más ofertas hacia, ó al que estaba más dispuesto á pelear con la espada.

Era menester remediar tantos males: y Roma, que habia contenido y dominado á los bárbaros; Roma que defendió de los sarracenos á Italia, España y Portugal; Roma que tanto habia combatido por la fé de Cristo, por la independencia de los pueblos y por la libertad cristiana, habia de pronunciar por boca de Hildebrando una palabra que

[1] Voigt, *Hist. du Pape Greg. VII.*

conmoviera la Europa, el Africa y el Ásia. Y pronunció esa palabra que salvó la civilizacion y la fé del mundo: la palabra *Reforma*.

Aun realizada la empresa de tan gran Papa, se ha considerado tan difícil, que Voltaire dijo: «La Iglesia puso á Gregorio VII en el número de los santos... los sabios en el número de los locos.» [1] Desde la locura de la Cruz, la Iglesia nos acostumbró á otras locuras semejantes.

El Papa multiplicó decretos contra los desórdenes del clero y contra las investiduras. Los príncipes no habian de elegir á los prelados, ni ponerlos en posesion por la entrega del báculo y del anillo: era preciso respetar los cánones, proteger los derechos y los ministros de la Iglesia, y no consentir que los reyes que eran vasallos de la Santa Sede, la oprimieran con su dominacion. La cuestion de las investiduras no se arregló hasta Calixto II, en 1122: en adelante no recibieron los obispos la investidura de los príncipes sino por razon de los bienes ó feudos incorporados á las iglesias; pero el gran Pontífice Hildebrando acometió la árdua empresa; se consagró á defender la libertad de la Iglesia, negocio en que iba empeñada la causa de la fé y de la civilizacion del mundo, haciendo que los cánones fuesen respetados. Cierto que las pasiones se desbordaron contra el Papa; los príncipes en su ira se concertaron

1 *Essai sur les moeurs des nations*, chap. XLVI.

para perderle; los malos clérigos le perseguian; los prelados depuestos ó excomulgados quisieran deponer al Papa, y el emperador Enrique fomentaba esta guerra tan inicua, encubiertamente ó á las claras. Pero tambien Hildebrando amenazaba á un rey, excomulgaba á un emperador, y venció á Enrique IV obligándole á estar tres dias en el castillo de Canosa esperando la absolucion.

Esta firmeza del gran pontífice afirma la fé de los pueblos, y estimula los más piadosos deséos. Rangerio traduce los del pueblo de Luca porque el Papa consagrara á su obispo Anselmo:

Da, Pater, egregios scribere posse viros.
Anselmus tuus est, tuus inquam Gregoriusque,
Et de fonte tuo rivus uterque fluit.
Nos quoque te canimus, tua sunt certamina, tu nos
Et potes et debes magniloquos facere.

El Papa le consagra, y en el acto de la consagracion le fortalece con sabias instrucciones. Hildebrando necesita cooperadores que participen de su mismo espíritu, que enfrenen á los malos, que reformen las costumbres, que destierren la simonía, que reunan sínodos, que resistan á los reyes opresores de la Iglesia, que defiendan la santa libertad, la independencia de la Iglesia, y que propaguen el reino de Cristo para la salud de los pueblos. Por esta razon exhorta al obispo de Luca á que medite las santas Escrituras, y no abandone la vida espiritual que habia emprendido desde sus

primeros años. Contra el espíritu cismático y simoniaco le previene con estas advertencias:

Sed cave ne lacerent qui nos aliquando fatigant,
Et sermone vago sollicitant populos.
. . . . . .
Hos autem moneo prae cunctis esse cavendos
Quos magus ille suis artibus implicuit.

Pero san Anselmo no era un clérigo como nuestros ignorantes legendarios quieren pintar á todos los clérigos de aquel tiempo; el caballo, la espada, los perros de caza y los combates no eran la ocupacion del obispo de Luca. Cumplia con su deber; en otra arena peleaba, otra espada esgrimia, otro escudo embrazaba: en la oracion templaba su espíritu: solo que el santo obispo, ya por humildad, ya porque el temor de Dios no le dejase respirar libremente, se creyó indigno de su cargo pastoral y se propuso dejarle.

A este punto se nos presenta por primera vez la Condesa Matilde, constante defensora de la Iglesia y decidida por la reforma en que trabajaba Hildebrando. Acude á sostener al obispo en su desfallecimiento:

Et quis servabit, te fugiente, locum!
Si metuis, recte; sed habet dilectio vires.

¡Qué razones tan persuasivas pone Rangerio en boca de la Condesa! Pero el obispo duda de su vo-

cacion y se retira al monasterio de san Gil, á quien se propuso imitar. San Gil, de régia estirpe, habia dado sus bienes á los pobres y retirádose al desierto, donde se alimentó de raices y con la leche de una cierva. Anselmo llegó al extremo de la vida penitente. Lloraba casi de contínuo, y con él los monjes admirados. Cunde por Italia la nueva del suceso y se manifiesta el dolor público en estos lamentos del clero y pueblo de Luca al Papa y al Obispo.

Si pater es, nec filiolos abdicare quaeris,
Nunc ergo miseros viscera patris habe.
Orbati sine morte sumus, vivoque parente
Nec pater es nobis, nec sine patre sumus.

Aunque la Iglesia condena la corrupcion de costumbres, tomaron en otro sentido sus lamentos los que de todas las palabras abusaron convirtiendo la de *Reforma*, (que suena tan bien en boca de la Iglesia, porque los decretos pontificales y conciliares á *reformar* se encaminan,) en bandera de rebelion y apodo de la heregía.

El Papa mandó que Anselmo se restituyera á su diócesis:

Peccasti; ¿quis te docuit, quae littera monstrat
Ut semel acceptam destituas cathedram?
¿Quando potest vivus nuptam viduare maritus?

Regresó á Luca san Anselmo. Consistió su pecado en haber obrado, como dice Rangerio, *pietate*

dolosa. Decídese á trabajar por la reforma del clero, y con ayuda de Matilde reune un sínodo contra los simoniacos y concubinarios: sínodo á que asistió la Condesa y el famoso Papa Hildebrando. Pero juntamente con los proyectos regeneradores de tan necesaria reforma veremos nacer la más brutal resistencia. A la par iremos observando cómo crece la gloria de los defensores de la Iglesia, sin ir á ménos la obstinacion y ceguedad de sus enemigos.

III.

A la voz de reforma se irritan todas las furias del averno y declaran guerra abierta contra el sínodo de Luca. Ni la majestad del Papa, ni el denuedo de la Condesa Matilde, ni la santidad de Anselmo, ni el buen espíritu de otros probados sacerdotes pudieron impedir que en el mismo sínodo se levantase la bandera de la rebelion. El espectáculo es curioso: y lejos de ser cierto que el Papa Hildebrando apareciera entonces en su lenguaje como el precursor de los convencionales y terroristas del 93 (falso testimonio de Mr. Quinet), vamos á oir de boca de los cismáticos, incontinentes y simoniacos del siglo XI toda la palabrería del liberalismo, adulador de los reyes ó de los pueblos, se-

gun conviene, y ya entonces saturado del mal espíritu que todo el mundo conoce.

Jam graecos mores habeamus, et omnia graeca;
Graeca fides, graecam debet habere viam.

La declaracion no puede ser más cínica. No cabe mayor espíritu de oposicion á la saludable reforma. «Dejadnos en nuestro cisma, en nuestras costumbres á la griega; dejadnos con estos usos atenienses que hicieron gala de observar algunos filósofos antiguos que pasan y pasarán por maestros de la moral y lumbreras de la ciencia. Y que la fé vaya por el mismo camino que las costumbres. Dejad las cosas como estaban: *nihil innovetur*.» No estuviera mal que aquellos malos clérigos acaudillados por un tal Pedro, que entre los peores hacia punta, presentasen al sínodo de Luca un *postulátum* por el estilo.

Pero si resistian la reforma, no les faltaban humos para querer reformar á sus jueces y maestros:

Denique, si tamen hoc liceat sine crimine dici,
Qui nos opprimitis, cur ita non facitis?
Hic quoque qui format leges et judicat omnem
Errorem ¿quare non prior ipse facit?

Trataban los buenos de apaciguarlos y traerlos á la razon, inculcándoles el respeto debido á las

cosas santas, á la autoridad de la Iglesia, á la autoridad del Papa. Pero ellos ó sus antecesores en el cisma y en los escándalos habian eludido otros golpes, y barrenado otras leyes; sin intimidarse por la adusta faz de los más inexorables reformadores. Tanto caso hacian ellos de Gregorio como habian hecho de Leon:

Quis Leo tam fortis, et tamen ipse Leo,
An non dormivit sicut leo? quaeso videte
Pontifices, et tu, máxime pontificum,
Ne vobis Christus haec debeat improperare
Dum vultis supra quam satis est sapere.

Y sufria san Gregorio VII con mansedumbre y lleno de misericordia los tratamientos más injustos por parte de tan malos clérigos.

Para reformador se necesita mucha paciencia; y los que nos pintan á Hildebrando como espíritu intransigente y altivo, indomable y terrorista, no saben cuánta libertad concedió á los padres de los diez ú once concilios celebrados en Roma bajo su Pontificado. Por sus *Cartas* se ve que lloraba las ofensas cometidas contra otros obispos, y olvidaba las que él recibia. Tal sucedió con motivo de la persecucion del arzobispo Ciriaco, denunciado como malhechor á los sarracenos, despojado y maltratado con brutal saña.

Pero si resulta admirable la longanimidad de Hildebrando, no es ménos digna de aplauso la

santa indignacion de la Condesa Matilde, en cuyos labios pone Rangerio esta deprecacion vehemente:

Patres et domini, decernite quid statuatis,
Horum saevitiam nemo referre potest.
Ecce patrem vexant quia vitam praedicat illis,
Contra sacrilegos sacra statuta date.
Non agitur de morte mea, vel de minando
Jure potestatis: corruit ipsa fides.
Horum spurcitiis, et fraudibus, et feritate
Justitiae cultus et sacer ordo perit.
. . . . . .
Non sum docta satis, non novi jura sacrasve
Leges, sed teneo justitiam fidei,
Pro qua longa mihi lis est adversus iniquos.

La piadosa Matilde pide decretos que atajen la fiereza de aquellos hombres desalmados: pide estatutos contra aquellos sacrílegos, y no puede sufrir que insulten á su padre. Si se tratara de su persona, callaria: pronta estaba á dar su vida en defensa del Pontificado y de la Iglesia; pero se trata de la fé, que ve amenazada. Todo lo ve en peligro, la fé, la justicia, el sacerdocio, y todo perecerá si no se acude con el remedio. Ella no presume de entender cosa de leyes; no se cree competente en materias jurídicas, pero tiene la justicia de la fé, y lleva largo tiempo de combatir á los malvados.

¡Qué mujer tan extraordinaria! «Los escritores católicos de su tiempo, dice Rohrbacher en su

Historia de la Iglesia, la llaman una Débora; ella era digna de ser comparada con la ilustre heroina de Israel, que salvó su religion y su pueblo cuando los hombres no tenian el valor necesario para tan ardua empresa. Muchos reyes y príncipes afligian entonces á la Iglesia de Dios con una vida inútil y escandalosa, traficando vilmente con las dignidades eclesiásticas y sosteniendo por criminales connivencias la incontinencia del clero. El emperador Enrique IV no secundaba la accion de la Iglesia para extirpar estos desórdenes; por el contrario, los fomentaba. Los príncipes normandos de Italia eran ya fieles, ya hostiles á la Santa Sede. Un solo hombre, durante un reinado de más de cincuenta años, se mostró siempre fiel, siempre afecto á la Iglesia y á su Cabeza, siempre dispuesto á secundar sus esfuerzos para la restauracion de la disciplina y de las costumbres clericales, siempre con la espada en la mano para defenderla contra sus enemigos, sin dejarse engañar por las promesas, ni intimidar por las amenazas, ni abatir por los contratiempos; y este hombre único era *una mujer*: la Condesa Matilde.» [1]

¿Puede extrañarse el lenguaje que con motivo de la tenáz resistencia de los de Luca pone Rangerio en boca de la Condesa Matilde? De ningun modo. Quien así habla en el sínodo de Luca es la

[1] Tom. XIV. pág. 361. Nuestro Ambrosio de Morales escribió en 1588 una *Vida de la condesa Matilde de Canosa*, obra inédita.

princesa soberana de la Italia central, cuyos estados se extendian además á casi toda la Lombardía; es la princesa augusta que superó á todos los príncipes católicos por la generosidad de sus donaciones á la Santa Sede, pues ella cedió en 1077 la propiedad de todos sus estados, y en 1102 cedió tambien el usufructo, reduciéndose á la condicion de una mujer particular, como Pudenciana y Práxedes convertidas por San Pedro, y amantísimas de la pobreza. Esta mujer esforzada mereció como Carlo Magno ejercer el protectorado de la Iglesia; la Historia nos ha conservado para nuestro consuelo su venerable figura, y el poema de Rangerio, cuya sencillez embelesa, nos ha trasmitido algunos rasgos bien interesantes.

Declarada la guerra contra San Anselmo, el Papa le defiende; pero un tal Pedro, clérigo desbocado, ataca al obispo y concita en su contra todas las pasiones. Pareció á los cismáticos que esta era la mejor ocasion de traer á Roma un nuevo Papa; y frotándose las manos de gusto, así decian los incorregibles lucenses:

Jamque venit, Papamque novum deducit in urbem.

Pero ¿quién venia? ¿quién era ese nuevo Papa? Era Guiberto; el miserable Guiberto. ¿Y de quién recibia ese poder y la tan ciega y desatinada obstinacion con que llegó á turbar á la Iglesia, ocupada en la grande obra de reformar las costumbres? Todo eso le venia de su desapoderada ambicion,

y de su vergonzosa alianza con los príncipes seculares, enemigos de la Santa Sede.

No hay más que ver cómo los incorregibles de Luca se hicieron devotos realistas para resistir al Papa verdadero, y pidieron leyes los que no querian leyes, y desearon reformas los que tascaban el freno de la reforma, y se hicieron seculares para precipitar del trono, si pudieran, al monje Hildebrando:

Et nunc, ¿quid facimus? ad regem conveniamus,
Subdamur regi pontificique novo.
Papa novus nobis leges et sacra novabit,
Hildebrandus eat monachus, et pereat.

Nosotros que hemos visto en nuestros dias á los enemigos del trono y de la Iglesia aplaudir á los reyes y aun á los Papas disimulando con los aplausos sus negras intenciones, comprendemos perfectamente las travesuras y rebeldías de los cismáticos de Luca. El espíritu que los animaba era el mismo espíritu liberal que descubrio San Agustin en su tiempo, porque, segun se vé, es de todos los tiempos. En prueba de ello, léanse las palabras que puso Rangerio en boca de aquellos liberales del siglo XI:

Denique ¿quando potest libertas perire?
Numquid ¿non pereunt omnia quando perit?

Pues ya puede ver el Papa lo que hace, porque los sediciosos dan vivas á la libertad: defiéndase

con la fuerza si tiene quien le ayude, ó póngase en salvo. Monte á caballo la Condesa Matilde, y ponga en armas su gente, y arréglese como Dios le dé á entender con su tio el emperador Enrique, ó interponga las súplicas de la emperatriz Inés, que ya estaba deshecha en lágrimas por la escandalosa conducta de su infelíz hijo. Y no se tarde la Condesa Matilde en aceptar nuestros consejos; pues por algunas palabras que hemos llegado á entender, liberales son los que amenazan á Hildebrando, y tan encarnizados que no perdonarán su memoria; liberales los que han de tomar venganza de la augusta princesa porque es católica, y liberales los perseguidores de San Anselmo, ofendidos de la dulzura misma de su obispo, á quien será preciso enviar al destierro como quien destierra á la virtud en persona.

Y el obispo fué desterrado. Los que pidieron al Papa con lágrimas que les devolviera su obispo; los que le recibieron en palmas, cubriendo el camino de flores, repitiendo los himnos que un coro de niños iba cantando delante de su amado pastor, esos mismos son los que le llevan al destierro.

Quem modo quaerebant cum fletibus et sitiebant
Dulciter; expellunt turpiter et feriunt.
Et quae cum palmis, et floribus, et puerili
Cum psalmodia gratificata fuit
Turba prius domino venienti; mox petit illum
Ad mortem, Barabbam postulat ad veniam.

San Anselmo desterrado ora por su pueblo,

Ut tam grande malum non sit ad interitum.

Alégrase de padecer, pero se aflige y llora

. . . . . pro perditione meorum
Quos video morti pabula longa dari.

Luca pierde su cetro, pierde su trono, pierde su esplendor, y pierde por último el anillo de su esposo, mientras ese anillo de un santo tenia la virtud de obrar grandes maravillas, como vamos á ver, no tanto á la luz de la historia, como á la luz del poema y de la leyenda cristiana.

IV.

El famoso P. Bresciani se dedicó con mucho éxito á descubrir tramas infernales de las sociedades secretas, y descorrió el velo con su valiente pluma. En todas esas tramas suele haber cierto aparato que hiere la imaginacion, algo de misterio, mucho de truhanería, en que lo ridículo y lo terrible andan mezclados. La mágia y el espiritismo son sus auxiliares; los prestigios diabólicos se venden caros, y no faltan en el dia nuevos Cagliostros que aspiran á vivir de esa industria.

Conocedor el P. Bresciani de todos los nigrománticos, ocurriósele dar un salto y plantarse en

la edad media, y escoger los principales personajes que aparecen en el Poema de Rangerio, dando á su preciosa leyenda este título: *La Condesa Matilde de Canosa y Iolanda de Groninga*. Por entonces, los pueblos que se convertian á la fé de Cristo, traian á la nueva sociedad sus antiguos usos, hijos de la supersticion y de la ignorancia, generalizadas en el siglo X. Familias teutónicas y slavas, convertidas al Cristianismo, conservaban su rusticidad nativa, desdeñaban someterse á muchas leyes civiles, tomaban la fuerza por el derecho y la justicia, y cuando la fuerza no podia desplegarse, apelaban á un poder sobrenatural. Si no se podia luchar á brazo partido, se recurria al juicio de Dios. Una cuestion personal se zanjaba con un duelo. El que no sabia manejar las armas, acusado por ejemplo de hurto ó de homicidio, encendia una hoguera, la atravesaba cuando la llama estaba más viva, y si salia ileso, el pueblo proclamaba su inocencia. Habia las pruebas del hierro candente y del agua hirviendo, y otras muchas igualmente atroces á que se sometia el honor de las esposas y de las doncellas, si faltaba algun denodado caballero que sostuviese con la fuerza de su indomable brazo el honor amancillado de alguna dama menesterosa, ó el lustre de alguna princesa que moraba en silencioso y retirado castillo. Suponíase que por medio de estas pruebas, la divinidad misma mostraba quién tenia la razon de su parte: y de aquí el llamarse *juicio de Dios*. La

Iglesia aborrecia estas pruebas, y encargaba á los obispos que ilustrasen á los nuevos cristianos. No debian tentar á Dios obligándole á hacer milagros á cada paso. Todos los hombres han recibido de Dios la luz de la razon para conocer lo que es justo, y la sociedad se rige por leyes que deslindan los derechos de cada cual y mantienen la justicia. Esto predicaba la Iglesia de contínuo; mas no era obra de pocos dias ilustrar la mente de varios pueblos ofuscada por las supersticiones y la ignorancia, ni el ablandar aquellos pechos endurecidos y feroces. Para ganar terreno instituyó la Iglesia *la tregua de Dios*. Las *treguas* eran un tiempo sagrado que se dedicaba á la oracion y á la penitencia: entretanto no se permitian desafíos ni venganzas, que no se podian desterrar por la fuerza de las leyes. Habia treguas por Navidad, por la Cuaresma, por las Páscuas de Resurreccion y Pentecostés, y todas las semanas desde el jueves al lúnes. Tambien era prohibido derramar sangre al rededor de una Iglesia. El que contravenia era castigado con las penas canónicas y con la execracion del pueblo; el criminal tenia que huir de su familia y de su pátria, llevando como Cain la señal de su reprobacion en la frente, y el remordimiento en el corazon.

Esto ha hecho la Iglesia por el derecho y la justicia: á su ejemplo, á su enseñanza, á la aplicacion de las penas canónicas se debe la suavidad y dulzura de las costumbres que tanto admiramos en la sociedad cristiana. Todos estos beneficios se

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

deben á la Iglesia, aunque hoy se advierte un empeño decidido por negarle su mision civilizadora. No quedará sin su castigo el que desconozca esta verdad: indivíduos ó naciones, sea quien quiera el que la desconozca, ninguno podrá desviarse de la Iglesia sin inclinarse á la barbarie que ella sola pudo desterrar. La experiencia contemporánea lo acredita. La revolucion que se ha levantado tan potente en el corazon y en las extremidades de la Europa ha dado vida á la moderna barbarie, porque todos sus principios están tomados del viejo paganismo. Si se logra descatolizar á los pueblos, como la revolucion se propone, volverán á caer en la barbarie de donde los sacó la Iglesia. Si se consiguiera que las naciones fuesen tan ateas como ya lo son los gobiernos, la barbarie alcanzaria un triunfo asombroso; todo vestigio de civilizacion desapareceria.

Pero no divaguemos.

De esta tendencia á recurrir á lo sobrenatural, nacia en los ánimos depravados el deseo de invocar los espíritus. Eran evocadas las sombras de los muertos, se interrogaba á los malos espíritus para conocer las cosas futuras, se solicitaba la cooperacion del diablo para satisfacer venganzas. Los jóvenes usaban maleficios para ganarse la voluntad de las damas que más los desdeñaran, y ponian su confianza en cintas y piedras preciosas que llevaban consigo hechizadas con algunos conjuros, ó en ciertos polvos que esparcian debajo de

la almohada ó echaban con disimulo en el vino y en algunos brevajes.

A estas diabluras hubo de recurrir Odocaro para vencer la resistencia de Iolanda de Groninga, prometida al duque de Moravia. Cristiano y príncipe, Odocaro estaba obligado por todas las leyes divinas y humanas á despreciar y aun á castigar á los hechiceros; pero en la ceguedad de su pasion recurrió á dos astrólogos que pasaban por hombres imbuidos en la ciencia misteriosa de los árabes. Ellos, que sabian agitar el mar, oscurecer el sol y sacar del infierno legiones de diablos, ¿por qué se mostraban irresolutos y temerosos ante las pretensiones de Odocaro? Dícenle que si tiene valor, ha de prepararse á la gran batalla, porque es preciso pelear contra todo el poder del infierno. Ellos entretanto preparan hornos, alambiques, incienso, carbon, la piel de un cordero, un globo de plata y extraños utensilios; queman unas cosas, pulverizan otras, y así proceden á sus ofrecidos encantamientos.

La terrible escena es en el antiguo castillo de Brunn, al rededor de un pozo por el que han de salir los dragones infernales, y que comunica con el averno en derechura. Comparece Odocaro temblando: aquella lúgubre mansion está alumbrada por antorchas de terebinto. Muchos desgraciados habian sido sepultados vivos en ese pozo: muchos prisioneros habian sido arrojados desde el brocal, y perecieron de hambre. A presencia del jóven

marqués mataron una gallina negra, murmurando nefandas imprecaciones: quemaron incienso y sal; armaron al caballero diciendo palabras misteriosas; le dieron una espada de dos filos, y entraron en el pozo. Los nigrománticos daban gritos y maldecian en lengua etiópica; bufaban como caballos, ladraban como perros, ahullaban como lobos, rugian como leones, palmoteaban, saltaban, tiraban puñadas al aire: temblaba la tierra, retumbaba el pozo. Sobre carbones encendidos, puestos en un trípode, quemaron nitro; y luego señalando con el índice al occidente, evocaron los demonios.

Los esqueletos que habia en el pozo tomaron apariencias terribles; á una señal, Odocaro la emprende á cuchilladas con la vision horrenda; corta brazos y cabezas que daban sangre, fuego y humo densísimo. Los nigrománticos llaman á Araquiel: aparece en figura de leon. Tiene preparada para su regalo una taza de sangre: la sangre es de un ladron, muerto el dia antes. El leon bebe, y lame la taza con su lengua de fuego. A fuerza de maldiciones y de conjuros han de venir en auxilio de Odocaro las potestades infernales; pero el leon escarba la tierra, ruje como un trueno y desaparece. Nadie se atreve con Iolanda y es fuerza proclamar su victoria, cuando se levanta una figura terrible, atraida por las malignas artes de aquellos encantadores. El P. Bresciani repite los ecos del lúgubre subterráneo.

—Iolanda es más fuerte que todos los encanta-

mientos. Un anillo la protege: ese anillo es insuperable: me atormenta como una cadena de fuego.

—¿Qué anillo es ese, príncipe de la mentira?

—Es el anillo de Anselmo. Anselmo nos hace una guerra mortal. Anselmo dió ese anillo á Iolanda; tiene grabada una cruz. Iolanda lo lleva en el dedo: ¿quién puede acercársele? y acercándosele ¿quién puede combatirla? y combatiéndola ¿quién puede vencerla?

—Mientes: ¿pues no has vencido tú á hombres venerandos que hacian profesion de la cruz?

—Sí, pero llevaban la cruz sin estar crucificados: llevaban la cruz en el anillo, en el pecho, ó al cuello, pero no en el ánimo ni en la mente. La llevaban por adorno, pero Iolanda es pura, y lleva la cruz en el corazon y en el dedo. Anselmo bendijo ese anillo, y la inocencia de Iolanda y la bendicion de Anselmo me detienen.

—¿Quién es Anselmo?

—Es el obispo de Luca, sobrino del Papa Alejandro II, á quien combatí en la silla del Pescador, como ahora combato á Gregorio. Contra el primero suscité á Cadolao y á los malos clérigos lombardos y alemanes; contra el segundo provoco la soberbia de Guiberto, la incontinencia de los clérigos y la avaricia de los grandes. El pérfido Anselmo me combatia de contínuo arrebatándome las mejores conquistas que yo habia hecho en el santuario; y tanto predicaba, que convertia en predicadores á los apóstatas, incontinentes y simo-

niacos. Suscité tres clérigos valentísimos que con su faccion lo arrojaron de la silla episcopal de Luca, pero no se dió por vencido: al contrario, se hizo monje, y redoblando las maceraciones, las vigilias y los ayunos, me está haciendo más daño con el ejemplo y la oracion, que me hacia con sus prédicas.

Para colmo de males, Gregorio le nombró confesor y consejero de la poderosa Condesa Matilde. Anselmo no descansa, y enciende la guerra que me hace la Condesa. Separé al niño Enrique del lado del Abate Odon, que me lo hubiera criado piadoso, casto, y sumiso al legítimo Papa, y lo puse en manos de ciertos barones, amigos mios, que llenaron su entendimiento de errores y su corazon de vicios, muy á mi gusto. A pretexto de las investiduras, lograron suscitar un Antipapa. Pero todo fué inútil: Anselmo insistió con Matilde, y resultó que Gregorio es el verdadero Papa. Con cartas y mensajes logró la Condesa que los príncipes alemanes abandonaran á Enrique, y viéndose Enrique abandonado se reconcilió con Gregorio. Anselmo y Matilde conjuraron la tormenta que amenazaba, humillando la altivéz del emperador germánico: ¿cómo quereis que venza la obstinacion de Iolanda, defendida por el anillo que bendijo Anselmo? El obispo no la conoce, ni la vió siquiera en su vida: pero entregó el anillo á Mónaco, y éste lo dió á Rómito, amigo del abate Dauferio, perro viejo, y protector oculto,

pero potentísimo de Iolanda. Y como éste sabia la ceguedad de Odocaro, envió á Iolanda por medio de Teotberga el anillo bendito de Anselmo, para preservarla de todo maleficio y de toda asechanza.

. . . . . .

Los demonios huyeron; los espiritistas de antaño perdieron su prestigio: á Odocaro se le cayó de las manos la cortante espada, y perdió la razon. Parecia herido por aquellas palabras que puso Rangerio en boca del obispo desterrado:

Qui se felicem putat et florere decenter,
Et sordet maculis et jacet in foveis,
Non cernit laqueos, non aspicit insidiantes,
Et credit vanis, non veniet gladius.

Tal se vá destacando la austera y dulcísima figura de San Anselmo, á la luz de la historia, á la luz del poema, á la luz de la leyenda cristiana.

V.

Haciendo la apología de San Anselmo de Luca y de la Condesa Matilde, mostrando la grandeza de San Gregorio VII y el espíritu reformador de la Iglesia católica, no faltará quien nos censure por admiradores y apologistas de la edad media, y aun nos atribuya el deseo de resucitarla. Sin tener ojos de lince vemos acudir en tropel las mas vulgares objeciones para sofocar la verdad, cual estruendoso motin de baja soldadesca que se levánta contra la disciplina. En el alboroto percibimos algunas voces desentonadas y aguardentosas, como de gente ébria, que grita contra la edad media, y contra el feudalismo, y persigue de muerte á los fanáticos y oscurantistas, sin saber lo que se dice. A tomar por lo sério esas palabrotas, ya veriamos cuán pocos disertarian sobre el tema sin decir mil disparates y sin contradecirse cien veces. Ya se vió eso que digo, cuando el P. Taparelli tomó por su cuenta definir el feudalismo: que los que chillaban mucho en los periódicos de Florencia, se callaron, y no se atrevieron á romper lanzas con el denodado jesuita. Lo mismo sucedió cuando trató de otras materias que más adelante habremos de tocar.

Es cierto que la edad media no representaba

ni con mucho la perfeccion del estado social: y no lo representaba material, política ni aun moralmente, por más que las figuras que estamos delineando y otras muchas que quedan en la sombra, fuesen prodigios de santidad y sabiduría, personajes eminentes y genios reformadores. Pero se han rectificado muchos errores que corrian sin contestacion en los pasados siglos, y ya no puede decirse sin provocar á risa, que la edad media en que florecieron filósofos como Santo Tomás de Aquino y poetas como el Dante, fuese una edad de *tinieblas sin nombre*, ni que formase una laguna, como algunos dijeron, en la historia del espíritu humano. Mucho de lo bello y grande que se produjo en tiempos cercanos á nosotros tuvo su orígen en los siglos medios: pero lo que más aborrecen los críticos al condenar, como ellos dicen, la barbarie de esa época, es la Iglesia católica, es el Pontificado, es la ciencia católica, es el genio cristiano, es en suma todo lo bueno y todo lo grande que esa época tenia, por más que la accion reformadora de la Iglesia desterrara la barbarie y extendiera la civilizacion á todas las naciones.

Que los ricos eran entonces inhumanos y avaros: esto no hablará con Matilde de Canosa. Que abundaban los escritores ineptos: mas será preciso no comprender en esta censura al obispo Rangerio. Que las malas costumbres, que las falsas opiniones, que los crímenes afeaban horrorosamente aquella sociedad: perfectamente. Pero ¿no tenemos

que lamentar ahora tales desórdenes? Mr. Gosselin en su grande obra sobre *El poder de los Papas en la edad media* dice acerca de los desórdenes de aquel tiempo cosas que espantan; pero ¿qué dicen las *Memorias del Diablo* y los *Misterios de París* acerca de los desórdenes del nuestro? La pintura que se hace en esos y otros libros de las costumbres de la capital de Francia, como la que á su ejemplo quisieron hacer otros escritores, aunque *ineptos*, de las costumbres de Madrid y de otras grandes capitales, traspasan por su cinismo y ferocidad los mayores desórdenes de la edad media. Lo que no habia entónces y abunda ahora es un complot de gentes que se dicen *conservadoras*, y de personas que se llaman *honradas* y aun cristianas, si se quiere, para fundar periódicos grandes y chicos que combatan todos los principios sociales, gozándose en corromper y desmoralizar al pueblo. Y entiéndalo quien lo entienda; que ya no hemos de andarnos con muchos miramientos, cuando la casa se nos cae encima, y los que iban á *reformar conservando* son los que tienen la mayor culpa de este grandísimo desastre.

En peor tiempo no se pudiera salir con esos paralelos entre unos tiempos y otros. Si la fuerza bruta hacia tan gran papel en la edad media, el *nuevo derecho* ha venido á restituirle en nuestros dias lo que la universal influencia civilizadora de la Iglesia y el positivo ascendiente de la moral cristiana le habian quitado. Los apóstoles de la *idea*

se jactaban de haber *ellos* concluido con las conquistas, bárbara costumbre de la edad media, incompatible con el nuevo derecho, incompatible con el espíritu de libertad y fraternidad universal en que arde la civilizacion moderna: y ahí tenemos el hecho vivo y palpitante de la conquista, el empleo de la fuerza bruta, el derecho del sable, el derecho de la guerra. Ellos lo doran con el sufragio y con el plebíscito, otros se valen de cualquier pretexto, y otros no disimularán la violencia con ningun fraude; pero el hecho ahí está: el fuerte se echa sobre el débil, y aún es mayor que en los tiempos del oscurantismo la desgracia de los débiles, pues no tienen siquiera la esperanza de ser socorridos. Ahora puede decirse con tanta razon como en los tiempos de la gentilidad: *una salus victis, nullam sperare salutem.*

No, no es tiempo oportuno de hacer tales paralelos. Los ateos y materialistas se creen con derecho á mandarnos, y á saquearnos y á destruirnos: el escándalo de los escándalos es pretender que el error y el mal tengan derechos; ¿qué delitos han cometido la verdad y la virtud? ¿Es modo de curar los males de la sociedad pegarle cuatro tiros? Si lo que debe proponerse un buen administrador para aumentar los ingresos del Erario es hacer rico al contribuyente, como ha dicho un flamante ministro de Hacienda, ¿es manera de enriquecerlo sacarle un 25 por 100 de sus productos? ¿Qué puede quedarle al infeliz propietario despues de lo

que el Estado se lleva? ¡Pero á bien que la clase productora tiene bien guardadas las espaldas con el bandolerismo, á la sazon floreciente!

Ya no se puede resistir tanta palabrería ni un mentir tan descarado. En la mejor hora puede ser saqueada nuestra casa: hay partidos organizados que tienen su prensa y su tribuna y esperan esa hora. Hay bachilleres y maestros que llevan debajo del brazo los libros de Proudhon, y cuando menos se piense nos han de pedir la bolsa ó la vida. ¡Pobre sociedad! no sabemos cuánto ha de vivir. Despues de tantas impiedades, y tantas injusticias, y tantas tiranías, las crisis se suceden con frecuencia, se alcanzan las unas á las otras, y las últimas se han hecho simultáneas en Europa, y presentan una gravedad alarmante. Solo Dios puede salvarnos, y su misericordia es nuestra esperanza. En cuanto á la cacareada *libertad y civilizacion moderna*, como dicen los revolucionarios de todos los matices, ya sabemos por desgracia lo que dan de sí. ¡Ojalá lo supieran del mismo modo los pobres, que son en todas partes tan dignos de compasion, engañados unos, fanatizados otros con las promesas más irrealizables! ¿Cuánto mejor estarian, siendo socorridos espiritual y corporalmente por San Francisco de Asis, aunque vivieran en la edad media, ó por la caridad de la Iglesia, hoy reducida á la mendicidad, que no entretenidos con la lectura de periódicos saturados de socialismo? No crean que Fourier y Cabet van á hacer por los pobres

con sus teorías lo que hizo San Francisco de Asis con su ardiente caridad: no esperen milagros ni nada bueno. Ya era tiempo de que lo hubieran conocido.

No se hable, pues, de los horrores de la edad media, porque la guerra social en que está ardiendo la Europa pone en peligro la existencia misma de la sociedad. En este gran movimiento que quebranta y desconcierta el mundo, cada dia se vá poniendo más al descubierto el lado debil y defectuoso de la Europa: la *reforma* de sus instituciones, hija de aquella otra *reforma* tan encomiada por los enemigos de la Iglesia, esa, esa es la puñalada que se asestó al corazon de la sociedad europea. Todos los revolucionarios han padecido los sueños de Calígula, y los del siglo XVI concibieron el designio de este grande asesinato.

Alarmados están como nosotros muchos protestantes al ver los tristes frutos de una disolucion social siempre creciente: no todos quieren persuadirse de que son resultado de su decantada *reforma*, pero es porque unos no alcanzan á descubrir las consecuencias de sus principios, y porque otros cierran sus ojos á la luz de la evidencia. Sábios escritores lo han demostrado con irrefragables argumentos; y omitiendo citar á los más célebres, que todo el mundo conoce, nos contentamos con mencionar las *Cartas al clero protestante de Alemania* escritas por Mgr. Luquet, obispo de Hésebon, señalando las causas de los desórdenes

políticos, morales é intelectuales, que no son otras que los principios de la *reforma*, y discurriendo sobre los efectos que dichas causas producen en nuestros dias.

Pero volvamos á los tiempos en que San Gregorio VII reformaba la sociedad por medio de la Religion: «El plan de Hildebrando, escribia Mr. Héfele en 1836 en la revista trimestral de Tubinga, no puede negarse que ha nacido del más generoso sentimiento que pueda hacer latir el corazon humano; ha nacido de una tierna compasion por las desgracias de los hombres, del deseo íntimo de destruir las causas de esas desventuras, y de una inteligencia capaz de ejecutar ese plan misericordioso.»

Aquí tenemos el Papa terrorista que nos pintó al capricho Mr. Quinet, y eso que este escritor quiso pasar por admirador de San Gregorio VII para combatir al Papado. Pero no; los terroristas serian los que insultaban al Papa como lo han hecho siempre; los que desterraban al obispo Anselmo como es costumbre; los que promovian asonadas en Luca y en otras ciudades de Italia al grito de libertad. El terrorista seria el emperador Enrique que se arrojó á perseguir la Iglesia.

Una mujer piadosa se interpone mezclando ruegos y lágrimas: la emperatriz Inés, madre de Enrique IV reconviene á su hijo y lo llora como difunto:

Et quasi defunctum sedula plangit eum.

Pone delante de sus ojos la imágen de la muerte, y la cuenta que ha de dar al Rey de reyes:

Felix qui metuit, felix qui se moriturum
Cogitat, et summum credit adesse diem.
Ergo time, Regemque tuum, qui regnat ubique,
Et semper vivit, sicut oportet ama.

Conviértese Enrique en la apariencia:

Rex quasi compunctus, primo tacet, inde fatetur,
Et promittit eis omnia corrigere.

Implora la clemencia de Dios y espera en la bondad del Sumo Pontífice. Quien se movió á misericordia por las lágrimas de David y consoló á Ezequías moribundo, usará de clemencia con Enrique.

De este modo el emperador consuela y engaña á su madre:

Ad Petri claves redeo, quas credo tenere
Gregorium, qui nunc praesidet ejus opem.

Este es el mismo lenguaje con que ocho siglos despues Victor Manuel destrona al Papa y lo mantiene recluso en el Vaticano.

Los hipócritas se copian.

El emperador Enrique junta un conciliábulo en Maguncia. Forja contra Hildebrando un capítulo de culpas. Bueno fué Cadolao, y malo Alejandro: bueno Guiberto, y pésimo Gregorio. Inventa calumnias que no se pueden repetir, y le atribuye,

¡oh ceguedad! el propósito de destruir el reino y la Iglesia:

Regno perniciem quaerit et Ecclesiae.

Adula á los reyes, halaga á los sajones, estos aprueban las falacias de Enrique, ensalzan el derecho del César en las cosas eclesiásticas, juntan tropas y las mueven contra el Papa. Ya no es posible dejar de embestir al santo religioso que ocupa la silla de San Pedro: á Enrique no le parece que ese monje, á quien admiraria el mundo, es un monje como Dios manda:

Monachus ex habitu, sed non ex religione.

Enrique vomita improperios contra el Papa, pero á juicio de los sajones decia cosas magníficas y divinas:

. . . . . Deus est qui tua dicta notat.

Seria el diablo que despues inspiró á Lutero.

De los denuestos y adulaciones se pasó á las cavilaciones y argucias; pero no cabe disimulo. El católico príncipe cayó en la heregía; aquellos débiles prelados cayeron en el cisma; las reverencias al Imperio son insultos al Pontificado; si se inclina la cabeza á la memoria de Constantino, es para volver la espalda á la sombra de Aaron. Un legado

de Enrique atraviesa la Italia sembrando errores y blasfemias:

Seminat errorem, jus opprimit et rationem,
Et blasphemias spargit ubique novas.

Rangerio vió á ese legado caer sobre Roma con el furor de un demonio, cuando el Papa exponia y confirmaba en un Sínodo los sagrados dogmas. ¿No está sucediendo ahora lo mismo? La situacion no es nueva para los católicos ni para los enemigos de la Iglesia. Pero el Papa levantó la cabeza y dijo á Enrique—Anatema.

Ya pareció aquello. Los Papas quitando coronas, relajando á los súbditos de un rey el juramento de fidelidad, derribando dinastías, mandando lo temporal y lo eterno. Aquí del Papa terrorista y revolucionario, hiriendo con la espada espiritual del anatema y con la espada de la deposicion: ¡horror! Los reyes no pueden resistir á este poder tan absoluto y sin límites que dispone de los rayos del cielo y de la tierra. ¿Qué príncipe podrá sobrevivir á esta doble condenacion?

Pero el supuesto es falso. La Iglesia no mira á los demás poderes como enemigos: no quiere destruirlos, sino ampararlos.

Ergo damnamus reges? non, sed stabilimus;
Nam Christo regnum servit et imperium.

Estamos viendo que el reino que no sirve á

Cristo.... no sirve para nada. Los reyes adulados y engreidos están pagando pecados suyos ó el reato de pecados agenos. ¿Qué les costaba á los revolucionarios fingirse muy realistas primero y hacerse demagogos despues? nada les costaba, pues en su conducta no hay verdadera contradiccion: la contradiccion es solo aparente. Antes es separar al rey de Cristo, y luego quitarle al pueblo monárquico la devocion al monarca. Los pobres reyes hacen á última hora el papel mas triste que se puede pensar: cuando ya no son reyes sino de nombre, van á donde la chusma impía y revoltosa los lleva, si se necesita que su testa coronada se acabe de romper dando contra la Roma de los Papas ó contra cualquiera de los derechos de la Iglesia. Despues de consumada la *fazaña*, caen á silbidos, y la plebe se divierte haciendo astillas el trono, mientras los directores del gran movimiento se acomodan como unos príncipes en los palacios que *fueron* de la corona, ó se regalan como unos señores en sus ricas *haciendas*, no faltando quien á rio revuelto se lleve necesseres y candeleros en los bolsillos.

—Lengua maldiciente! el pueblo es virtuoso.

—Pues si siendo cristiano no han de faltar pícaros y rateros, si se le quita el temor de Dios y se le hace impío de propósito, ¿qué hemos de esperar?

—Ha dado grandes ejemplos de moralidad en estas revoluciones.

—Ha habido de todo: y los primeros que tienen

derecho á dar su voto en el asunto son los saqueados.

Por lo pronto, en la vieja cuestion entre el emperador Enrique y el Papa Hildebrando, dió el primero una prueba de que al parecer le dolian como á súbdito fiel y leal las amenazas del Pontífice, y como á buen cristiano las quejas de la Iglesia, *su amorosísima Madre*, como decia pocos años hace un volteriano español de dudoso calibre.

Enrique hace penitencia en el castillo de Canosa; allí llora y espera la absolucion del Papa:

. . . . . timore
corripitur, moeret, et lacrymosus agit.

Intercede el anciano Hugo, abad de Cluny; tambien ruega la Condesa Matilde:

¿Quis videat flentem tanto de culmine lapsum,
Et non ex animo compatiatur ei?

A quien no engañó Enrique con sus lágrimas fué al Papa:

Papa videt lacrymas, sed non de corde fluentes.

A vivas instancias le dió la absolucion, mas obró con cautela retardando reintegrarle en sus derechos al trono. Puesto en libertad, vuelve Enrique á las andadas, é intenta apoderarse del Papa:

Sed mox ad quod erat reddit, et fallaciter instat
Ut quocumque dolo possit eum capere.

Apodérase de Geraldo, y no le dá suelta: cae en sus manos Anselmo, aquel santo obispo de Luca que tenemos tan olvidado, y no se atreve á retenerlo cautivo, *pro tanta nobilitate viri*. Júntase Enrique con sus cómplices, y se animan recíprocamente bebiendo vino en alegres comilonas. El Papa ve la rebeldía, conoce los propósitos, sabe las tramas, y los pueblos oprimidos trasladaron la imperial diadema al príncipe Rodolfo. Los cismáticos puestos en armas dán el grito de guerra: donde quiera roban, *incendian*, matan.

¿Quis referat caedes, incendia, furta, rapinas,
Et quod inauditi fiat ubique mali?

Muere Rodolfo en esta guerra. Justicia de Dios! claman los sediciosos: y ellos que calificaron de sacrílego al Papa, tuvieron la modestia de llamarse *cristícolas*. Ese es el órden.

Ya no falta sino la última mano. Venga un Antipapa que derribe al legítimo Pontífice; venga un simoniaco, un cortesano, un ambicioso que destruya la Iglesia.

Y apareció Guiberto, que ni hecho para el caso.

Pero los sediciosos no se cuidaban de alzar sus ojos al cielo, ni advertian que el Papa amenazado oraba sobre los sepulcros de los Santos Apóstoles, ni sabian que en la soledad derramaba su corazon ante la presencia de Dios el desterrado obispo de Luca.

VI.

La guerra de Enrique contra Hildebrando venia de muy atrás, y procedia de la antigua aspiracion de los príncipes seculares á esclavizar el Pontificado. Muerto Juan XX al mediar el siglo XI, los tiranos de Roma quisieron crear un Papa, y el clero con el pueblo, otro. Juntáronse un Benedicto IX y un Silvestre III á disputarse el gobierno de la Iglesia. Se quiso remediar el cisma quitando á estos dos y nombrando á Gregorio VI: pero los que se consideraron despojados metieron en la Iglesia una confusion muy grande. Entonces vino á Roma con armas Enrique III: huyeron los antipapas, y renunció Gregorio: con lo cual Enrique decidió la exaltacion al trono pontifical de un obispo que tomó el nombre de Clemente II, quien coronó á Enrique con la imperial diadema. El emperador hizo que Clemente le prometiera y el pueblo jurara que no se procederia á la eleccion de un nuevo Pontífice sin expresa órden suya.

Y no estaba mal pensado. Los tiempos eran revueltos; disputábanse el mando facciones muy soberbias y terribles; el emperador podia tener alguna confianza en que aquel privilegio personal

haria imposible en sus dias la repeticion de los pasados escándalos. Los sucesores de Clemente, que fueron Dámaso II, Leon IX y Victor II, mantuvieron la promesa del Papa Clemente al emperador Enrique III. Pero he aquí que durante el Pontificado de Victor muere el emperador; despues murió el Papa, sin que ocurriera ningun conflicto en las elecciones sucesivas de Estéban IX y Nicolás II: mas hecha la consagracion de Alejandro II, los cortesanos del niño Enrique dijeron al Papa que era nula su consagracion por no haberse pedido, como si dijéramos, la Real licencia. Entonces sacaron á relucir á su Antipapa Cadolao, á quien derribó por fortuna, como hemos visto, el brazo poderoso de la Condesa Matilde.

Pero ¿era justa la demanda? Muerto Enrique III, murió tambien aquel privilegio personal: para sí lo pidió, y para sí lo obtuvo. Y lo pidió y obtuvo el *emperador* de romanos, no el *rey* de la Germanía: su hijo no era entonces mas que rey. Además, era de tan corta edad, que estaba sujeto á la tutela de su madre, en extremo piadosa, y en parte agena á tales intrigas: pero los cismáticos cortesanos no dejaron de recordar á Enrique IV, así que llegó á la juventud, esta historia, desfigurada y mezclada con pérfidas lisonjas para envenenar su sangre. Cuando la emperatriz Inés, tan católica y tan buena, consideraba que alguna parte tenia en las desgracias de su hijo por haber consentido que en su nombre se hicieran tan injustas reclamaciones; y

que por haber alegado supuestos derechos seguia la turbacion y persecucion de la Iglesia de Cristo, llenóse de amargura. Fuése á Roma, lloró su pecado sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles, y se encerró en un monasterio.

Su hijo entretanto comenzó su vida pública persiguiendo á Alejandro II, y ahora le vemos haciendo la guerra más cruda á Gregorio VII. Pero está escrito que los favores personales se mantienen con la fuerza, y que no tienen escrúpulo en valerse de este medio los sucesores poderosos: quieren seguir disfrutando esos favores; quieren poseerlos por herencia, y si fuera posible, perpetuarlos en su casta. De una medida transitoria, personal, enderezada á dar garantías en favor de la Santa Sede, se quiso pasar á hacerla perpétua, y nó para proteger, sino para sacrificar la independencia del Supremo Pontificado. Y por si flaqueaba el emperador en defender sus imaginarios derechos, cerca de sí estaba el impío Guiberto con toda la faccion de simoniacos, incontinentes y aduladores de Enrique, atizando el fuego de la injusta guerra.

El Pontífice Hildebrando, hombre de gran corazon y elevado entendimiento, viendo que la esclavitud de la Iglesia daba lugar á tantas turbaciones, se propuso darle libertad, sacándola de las garras de las potencias seculares. Por ser espiritual, debia la Iglesia verse libre de toda servidumbre terrena: siendo divina, correspondíale ser so-

berana: como depositaria de las llaves del cielo y del infierno, tenia que ser juez inapelable de todos los cristianos.

El primer paso debiera darse haciendo que el Papa fuese elegido por la Iglesia Romana, y nó por el Imperio; y que la consagracion fuese válida sin el consentimiento imperial. Esta misma idea habia tenido tiempos atrás, mucho ántes de ser Papa, y la sostuvo cerca de los Pontífices Leon IX, Victor II y Estéban IX. Al fin logró que la aceptase Nicolás II, de quien es la célebre Constitucion del Concilio Lateranense mandando que *el Sumo Pontífice no fuera elegido sino por los cardenales de la Santa Iglesia Romana, á cuyo sufragio debia someterse el clero y el pueblo* [1]. Mas llegado el caso de su propia eleccion, aclamado el monje Hildebrando por los cardenales, por el clero y el pueblo, y comenzando á regir la Iglesia como Vicario de Cristo, pues ya lo era verdaderamente, se detuvo por altas miras de prudencia, y no quiso hacerse consagrar hasta recibir el consentimiento del emperador Enrique [2].

[1] Labbe, *Collec Conc.* tom. IX. pág. 100. Muratori, *Script. rer. ital.* tom. II. Baronio, *Annales*, an. 1059.

[2] Hé aquí el documento de la eleccion de San Gregorio: *Regnante Domino nostro Jesuchristo, anno clem. incarn. ejus* 1073, *indictione et luna* 11, 10 *Kal. maii, feria secunda, die sepulturae domini Alexandri s. m. secundi Papae, ne sedes apostolica diu lugeat proprio destituta pastore, congregati in basilica B. Petri ad Vincula, nos sanctae romanae cathtolicae et apostolicae ecclesiae cardinales,*

Fué llegar la noticia de esta eleccion á la córte del rey, y desatarse en denuestos y murmuraciones las lenguas de los cortesanos. ¡Atreverse á crear un Papa sin intervencion de la corona! ¡Qué escándalo!

El Conde Eberardo de Nellenburg partió al instante á Roma enviado por el rey: llevaba encargo de informarse, y *facultades* para deponer á Gregorio VII, conocidas que fuesen las irregularidades de su eleccion. Pero el Papa dice al conde en aquella impensada entrevista: «Dirás á tu rey, que Aquel que escudriña los corazones de los hombres, sabe con cuánta amargura acepté el Pontificado al cual me elevó la aclamacion de los cardenales y

clerici, acolythi, subdiaconi, diaconi, praesbiteri, praesentibus venerabilibus episcopis et abbatibus, clericis et monachis consentientibus, plurimis turbis utriusque sexus diversique ordinis acclamantibus, eligimus nobis in pastorem et summum pontificem virum religiosum, geminae scientiae prudentia pollentem, aequitatis et justitiae praestantissimum amatorem, in adversis fortem, in prosperis temperatum, et juxta Apostoli dictum (I ad Tim. III. 2) bonis moribus ornatum, pudicum, modestum, sobrium, castum, hospitalem, domum suam bene gerentem, in gremio hujus matris Ecclesiae a pueritia satis nobiliter educatum et doctum, atque pro vitae merito in archidiaconatus honorem usque hodie sublimatum, Hildebrandum videlicet archidiaconum, quem a modo usque in sempiternum et esse et dici Gregorium papam et apostolicum volumus et approbamus. —Placet vobis?—Placet—Vultis eum?—Volumus—Laudatis eum?—Laudamus.

Acta Romae 10 Kalend. maii Indict. II. (Labbe, T. X. 6.)

del pueblo romano; pero que supliqué y obtuve de los cardenales que no se me consagrase hasta recibir el asentimiento del César, y el de los príncipes y obispos germánicos. No me consagraré sin la aprobacion de Enrique.»

Eberardo se quedó cortado: su mision estaba concluida. El rey se sorprendió y se alegró á un tiempo, y en seguida comisionó al obispo de Vercelli, gran Canciller de Italia, para asistir á Gregorio VII en el acto de su exaltacion al trono pontificio. El Papa mandó anunciar á Enrique su eleccion, y todo se allanó como la palma de la mano.

¿Por qué obraria de esa manera Gregorio VII? Su conducta seria prudente y previsora en extremo: pero no puede dudarse, porque ya lo sabemos, que era muy contraria á sus opiniones y á sus deseos. ¿No venia trabajando por la independencia de la Iglesia muchos años hacia? Pues bien, si queria libertar á la Iglesia de tan larga servidumbre, ¿por qué no arrostraba las iras de Enrique IV?

El Papa queria libertar á la Iglesia y caminaba á este fin, pero con prudencia, con mansedumbre, y con mucha prevision. Más de una vez habia dicho que queria desatar las cadenas, pero no romperlas. Desde luego vino bien esta sábia conducta para humillar y avergonzar al Antipapa Guiberto, que sin saber el perfecto acuerdo en que vinieron á quedar el Papa y el rey, ó aparentando

que no lo sabia, corria las tierras acompañado de príncipes y obispos avaros y disolutos, diciendo: «Gregorio es un intruso;» que era como decir: «Y aquí estoy yo;» porque ni Antipapa era, hablando con propiedad, aunque así se le llamaba, conocidas sus aficiones. *Sed qui habitat in cœlis irridebit eum.*

Pero el demonio tenia bien agarrado al infeliz Guiberto, y no le soltaba tan fácilmente. Ya nos le representa Rangerio apañando traiciones y ejecutando atrocidades:

> Guibertus coedes, Guibertus traditiones,
> Ore manuque simul ordinat atque facit.

Ya nos le pinta Donizone enfurecido á causa de las reformas decretadas en el Concilio romano. Enrique estaba por las investiduras, y los malos clérigos por la incontinencia: por eso estaban todos contra el Sínodo, que abolia las primeras y dictaba cánones contra la segunda. Guiberto estaba en Roma mientras se celebraba el Concilio, y despues de celebrado permaneció, porque el demonio de sus pasiones le atormentaba sin cesar. Su idea dominante llegó á ser quitar de en medio á Gregorio y abrirse el camino del Pontificado. ¡Buen camino y buenos medios! Pero las pasiones en su desenfreno no se inclinan más que á una cosa: á suprimir el obstáculo.

Guiberto buscaba un instrumento; pero ¿cuál

se hallaria para tal crímen? el mejor era Cencio, uno de los barones romanos más execrables. El plan era matar al Vicario de Jesucristo en la noche de Navidad, cuando estuviera celebrando la misa ante el pesebre en que nació el Salvador. El traidor reunió gente de su confianza, de Lucania, de Puglia y de Roma. Cuando el Pontífice y los fieles habian ya comulgado, los sicarios penetraron en la Basílica hiriendo y matando; se arrojaron sobre el Pontífice, lo arrastraron por los cabellos, lo pisotearon; Cencio le dió una cuchillada en la frente, y por último, amarrado con cadenas lo sepultaron en la torre de Cencio, por tener el gusto de entregárselo vivo al emperador Enrique.

Pero indignados los romanos de tanto sacrilegio tocaron las campanas á rebato, y salieron á las calles con antorchas gritando:—*muerte á los enemigos de Dios y de Roma: afuera ese Pontífice: queremos á Gregorio.*—Díjose que estaba encerrado en la torre de Cencio, y en la madrugada le pusieron sitio formal. No pudiendo el asesino escapar del furor de la plebe, se arrojó, ¡miserable! á los piés del Pontífice, le pidió con lágrimas que lo salvase, y el Pontífice le recibió benignamente en sus brazos. El Papa salió á una ventana del palacio, exhortó al pueblo apaciguándolo, acercáronse los magnates, y fué llevado en triunfo al Capitolio, y despues á la Basílica, donde celebró el Santo Sacrificio.

Pero tan horrendo crímen, cometido contra la

sagrada persona del Pontífice, no quedaria sin castigo. ¿Qué hizo *el vampiro del Vaticano?* ¿qué hizo? ..... perdonar á Cencio.

Y Cencio, ¿se mostró agradecido? ¡Nada de eso! se marchó á la córte de Enrique para seguir conspirando contra el Papa.

Y de Guiberto, ¿qué se sabe? ¿Tomaria asilo en Ravenna segun costumbre? El historiador Pablo Bernried nos dice que habiendo errado el golpe, el impío Guiberto se retiró á la Lombardía, donde con Tebaldo de Milan y otros hombres perversos se entretuvo en fraguar tumultos y encender rebeliones contra la Iglesia.

¿Y qué se sabe de Enrique?..... Enrique estaba sin sosiego y fomentando la agitacion de la Germania. De sus montes bajaban mesnadas de tudescos, atravesaban los valles del Aizack, y penetraban en Italia engrosando las huestes rebeladas de la Lombardía. El emperador no pensaba más que en feudos y en investiduras, en intrigas y placeres, en sacar mucho dinero sin reparar en simonías, en perseguir al Papa y tiranizar á su pueblo en la parte que más le dolia, es decir, en su fé. ¡Pobre reino de la Germania, y cómo lo puso el desgraciado príncipe! ¡Cómo cayó de la altura en que lo habia colocado Othon el Grande!

¿Y la Condesa Matilde? ¿Se sabe alguna cosa de esta ilustre defensora del Pontificado?... Defiéndese de Enrique, y no hace poco: sin embargo, Enrique la teme, y no se atreve á desarrollar todos

sus planes ni acometer todas sus empresas, dejando tal enemigo á la espalda:

Dum tonat a tergo femina quam metuit.
Hoc animo majora probans in praelia vires,
Per loca se fundit quae Comitissa tenet.

Destruye, incendia, tala sin piedad: pero esta mujer, valerosa como Débora, resiste. No teme perder por el Señor castillos y ciudades:

Sustinuit, non erubuit castella domosque,
Urbes et vicos perdere pro Domino.

Tiene á su lado fuertes defensores de la causa de Cristo: la asiste y acompaña el santo obispo de Luca.

Anselmus vigilat, dolet, esurit, alget et orat,
His armis sociam munit, et ornat eam.

Dispónense los católicos á presentar la batalla á los cismáticos, y Anselmo los exhorta á poner su confianza en Dios. El santo obispo se multiplica. Escribe al emperador rogándole que deje de tiranizar á sus pueblos: escribe á Guiberto corrigiéndole para que cese en sus escándalos. «Supon tú, le dice, que ya no viviera Gregorio: pero ¿quién habia de pensar en tí? ¿Ni quién pudo imaginar que tan alto oficio te correspondiera?»

Pone tamen jam Gregorium non pontificare,
Et sedem summam pone vacare patre.
¿Quis romanorum cujuslibet ordinis in te
Contulit officium praesidiumque patris?

¡Oh qué tiempos aquellos en que una noble princesa católica tenia que ponerse al frente de sus soldados, y un santo obispo tan dulce y tan manso como Anselmo de Luca, se veia precisado á estar entre el ruido de las armas!

Pero hubiéramos dado cualquiera cosa, oh carísimo lector, por ver á la condesa Matilde á caballo, cubierta con su manto de brocado de oro, y al obispo de Luca tambien á caballo, seguidos de sus escuderos y caballeros. Donizone nos representa alguna vez á tan noble comitiva en el acto de llegar á un monasterio en despoblado. El Abad dá agua bendita á la Condesa Matilde, la cual atraviesa el claustro con sus caballeros; penetra en la Iglesia, reza las completas, y luego toma algun descanso para levantarse á media noche y rezar los maitines.

Aunque hubiera sido por defuera y en noche tempestuosa ¿qué persona de gusto no hubiera querido oir el canto de los monjes en el solitario monasterio?

VII.

—¿Con que tan malo era Guiberto?

—Malísimo: y no es culpa mia si resulta Hildebrando un varon de eminente santidad. De lo que me argüiria la conciencia seria de pasar en silencio que entre las cartas de San Gregorio VII hay tres dirigidas á Guiberto, Arzobispo de Ravenna: una del año 1073 (lib. I, ep. 3,) dándole cuenta de su promocion al Pontificado; otra del año 1075 (lib. II, ep. 42,) invitándole á un Sínodo en Roma; y otra del año 1077 (lib. V, ep. 13,) reprendiéndole por su temeridad é invitándole á otro Sínodo. Cuyas tres cartas apunta el Sr. Lafuente, en sus curiosos comentarios á la *Vida de San Anselmo*, y es razon ponerlas en el capítulo de cargos contra el ambicioso Guiberto: pues bien se conoce que el Papa usó de atenciones con tan feroz enemigo, y le regalaria en Roma, y acaso le recibiera, como á otros muchos prelados, con grandes honores en la Basílica de Letran.

Pero entretanto, los enemigos de la Iglesia hacian de las suyas sin temer á la ira de Dios y sin el menor reparo. Enrique, Guiberto y sus secuaces caen sobre la ciudad de Luca, ya convertida por los cismáticos en el lodazal mas inmundo. No se habian acabado los buenos; vivian algunas familias con sobriedad y castidad, pero no eran muchas: y el terrible Pedro, bárbaro cismático, mandaba en jefe, y estaba por Enrique y por Guiberto, de quien esperaba mucho. Tan malo era Pedro, que aun los lucenses más depravados le aborrecian:

In Petrum ferme consonat omnis homo.

La ciudad estaba para llorar sobre ella: tanto se habia corrompido por el lujo. Padeció la Religion relajándose muchos ministros; faltó el pudor, faltó la probidad, y faltó por completo la justicia: pues ¿qué habian de decir del rey, que siendo Pedro tan malo le entregó la ciudad, como si fuese aquel cínico el más respetable de los ciudadanos? Pero nada; ¿Pedro era enemigo del Papa, es decir, no queria cánones, ni reforma de costumbres, ni vivir como Dios manda? pues ese es bueno para verdugo de Luca. El ódio ciega á los enemigos de la Iglesia, y les mueve á hacer cosas nefandas. ¡Cuidado con el cómitre que dió á Luca el que se decia emperador de romanos! Fué un Judas que entregó á Cristo, ó un Arrio en pequeño. El cuadro que presentaba la ciudad era espantoso: el

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

error y la indisciplina corrompieron las costumbres hasta el extremo:

Iste est occasus Lucae de culmine lucis,
Ista est egregii longa ruina loci.

Con el destierro de Anselmo entró el lobo en el rebaño, y causó todo ese destrozo. Este fin merecia la ciudad:

Hunc finem, miserae, lascivia vestra meretur,
Dumque superbitis omnia destruitis.
Vester amor, vester luxus, petulantia vestra
Omnia turbavit, et bona summa tulit.

Pero ¡ay de los buenos cristianos, y cuánto gemian! Sus afligidos corazones se elevaban á Dios en el silencio de la noche: se apartaban de los clérigos sacrílegos y suspiraban por Anselmo:

Noctibus ante Deum tristia corda levant.
Anselmum cupiunt, Anselmo laeta precantur,
In Petrum lacrymas, cunctaque saeva ferunt.

Y nó sólo lloraban y suplicaban en estos términos los cristianos de Luca, sino los de un lugar fortalecido, de nombre Moriano, que se mantenia firme con los socorros de Anselmo y de la Condesa Matilde. Allí se refugiaron todos los buenos; juntáronse muchos hombres de armas, pero Pe-

dro con sus sicarios aprieta el cerco. Con lágrimas piden los cristianos á la Condesa que los socorra:

En, ajunt, princeps et signifer impietatis,
Et tenebrosa manus nulla quieta sinit.

Renuévanse las instancias. El apuro era grandísimo:

Nunc igitur totis occurrite viribus, atque
Nobis festinum mittite praesidium.

Anselmo responde á Matilde y á los sitiados:

. . . . . Confidite, ¿quid trepidatis?
¿Nescitis claros belligerosque duces
Quos vobis tribui, cum moenia vestra sacravi?
Oh nimium fragiles! oh modicae fidei!

Súbita alegria se apodera del pueblo cristiano al conocer la respuesta del santo obispo de Luca, y sale del castillo con plena confianza de vencer á los cismáticos. De repente, el cielo, que estaba muy sereno, se nubla: en seguida brama la tormenta que ninguno vió formarse: llueven rayos, y las aguas caen á torrentes. Pedro y los suyos sin abrigo ya no pensaron sino en salvarse. Se inundaron los caminos, desbordáronse los rios, y mu-

chos de aquellos hereges perecieron, mientras á los cristianos del monte Moriano les daba el sol:

Mira fides! montem totum lux clara tenebat,
In castris mixtae grandibus tenebrae,
Et cum fulminibus pluviarum tanta ruina,
Ut vix ulla fugae spes superesset eis.

Se reconoció el prodigio: Anselmo oraba.

Anselmus plorat, et pro pietate laborat,
Et secum coeli fulgura flere facit.

Pedro salió derrotado. No sabemos si llamarle general ó llamarle obispo (intruso se entiende); pues él presumia de ser lo uno y lo otro. Para él no habia más que Enrique, Guiberto, y sobre todo, la más sórdida avaricia y la impudencia más descarada. Pero con esta derrota, los cristianos le perdieron el miedo enteramente, y lo provocaron á una controversia... una controversia!... ¡Qué cosas!

¡Una controversia, cuando parecia que no habia de quedar ni un solo herege para contarlo! Ello es que así se mudó el tablero despues de la victoria de Moriano, y que al ruido de las armas siguió el de las disputas en distinta arena.

Pues en este extraño giro que tomaron las cuestiones, se mostró muy decidido cierto presbítero que se llamaba Pagano, *mirae strenuitatis homo*, segun Rangerio, el cual no se asustaba de las hondas ni de las espadas de aquella chusma, y lo mismo arremetiera á Pedro en persona con silo-

gismos que con la espada. Acudieron otros presbíteros, Martino, Raginerio, y muchas mujeres con lágrimas: el espíritu de Anselmo animaba á los fieles. La discusion habia de ser *coram populo*.

El espectáculo es curioso. Pedro con su gente se presenta en la arena como un leon ó como un lobo: *ut leo sive lupus:* y echando mano de sus recursos parlamentarios, embiste de este modo antes de comenzar la sesion:

> En qui pontificem cum summo principe spernunt,
> En qui se regi pontificique negant.

Está visto: no hay un parlamento en que los liberales digan la verdad. ¿Quién hizo Pontífice á Guiberto? En cuanto al rey, no hay duda que debieran estarle muy agradecidos los cristianos.

Pero á una, otra. Pagano en su indignacion se dirige á Pedro:

> . . . . . Quid agis, fera bestia? numquid
> Ante crucem nescis his inhibere manus?

El leon se detiene: el interpelante no es para despreciado: ha llegado la hora de trasladarse al lugar de la sesion, y es menester más política. Esto no ha sido más que el ligero escarceo de una cuasi sesion preparatoria.

Pedro convoca á los principales de la ciudad; concurre la plebe; y así como ahora se compran los votos y los aplausos, lo mismo entonces; si bien en lo antiguo eran los casos más raros, y no

por corrupcion y malicia, porque el espíritu no estaba tan dañado.

¡Qué descubrimiento! muy claro lo dice Rangerio:

Concurrunt et de populo pars magna minore,
Quae propter pretium laudat habetque Petrum.

A vista del ejemplo, que no me desecharán por reciente, yo soy de los que no esperan que el *régimen* se purifique.

Pero vamos al discurso de Pedro. Entra ocupándose de su persona, como es de rigor en tales casos. Que lo desprecian, que lo persiguen, y que él está puesto por el rey, y que sus enemigos se hacen los pontífices y los señores, engañando las almas y llevando la agitacion al pueblo. (Qué! si parece que estoy, no traduciendo lo que se escribió hace ocho siglos, sino inventándolo ó tomándolo del nuestro.) Y despues que Pedro se despachó á su gusto ponderando la simplicidad de su fé, tropieza, *sin querer*, en el Papa. ¡Cómo se puso! queria morderse los lábios, sellar su boca, y hacer con su persona no sé cuantas heregías. Al fin, por decir algo, echó esa andanada:

¡Atque utinam facinus triste latere queat!

Por supuesto que nó habia para qué tanto mis-

terio. Escrúpulos suyos: él puede decir lo que quiera con libertad de espíritu:

Non opus est mihi multa loqui de re manifesta.

Y allá vá eso. El cismático de Luca acusa á Hildebrando de faláz y sedicioso; échale en cara que turbó á Roma, depuso al rey, inventó dogmas, fomentó supersticiones, atropelló derechos, y... ya se supone cuántas otras mentiras diria aquel hombre tan perverso, fiado en la plebe que estaba contratada para darle un aplauso. Por último, empleando una figura retórica que se llama *preterición*, fingió que le quedaba mucho que decir contra el Pontífice, pero que se callaria por no ofender al auditorio:

Addunt praeterea nostro non digna relatu,
Auribus et vestris intolerabilia.

Ménos dijera, y fuera curarse en salud; porque el pueblo no pudo aguantar aquellas atrocidades, y comenzó á arrastrar los garrotes y requerir las espadas:

Turba fremit, baculos concutit atque gladios.

Uno de la plebe, muy sobre sí, toma la palabra y dice con reposo: «Pedro, tú puedes matar, pero no puedes desviarnos de la fé que nosotros, hombres sencillos, aprendimos de Anselmo. No tene-

mos arte para disputar contigo, pero en esta reunion hay sábios que te contesten.»

Tado, político fino y prudente, levántase con oportunidad y se anticipa á Pedro, como quien busca el mejor modo de conjurar la tormenta. Discurre con templanza, y con gran habilidad. Pedro, metido en discusion, le teme; pero teme más aún á la *versatilidad* del pueblo:

Sed magis urbanam metuit mutabilitatem.

Preciso es suspender la discusion. Entonces se vió los inconvenientes del sufragio universal. El tumulto estaba iniciado: con espadas y garrotes se iba á contestar á blasfemias y sacrilegios. Se hizo necesario reformar el *reglamento*, para que no hablasen todos. Convino en ello la heregía, prudente y cautelosa, cuando no está la masa bien dispuesta para *pronunciamientos* y jaranas.

Y nosotros aprovecharémos este entreacto para tomar un vaso de agua con su correspondiente azucarillo, mientras llega la hora de volver á ocupar nuestro asiento en la tribuna pública.

VIII.

¿Cómo conjurar la tormenta parlamentaria? ¿Qué sesgo se daria á la discusion pública, en que como diria Balmes si se tratara de explicar los cambios políticos del cuitado D. Marcelino, «la fuerza muscular ha tenido tambien su voto, se han blandido puñales, se han menudeado los garrotazos, y la campanilla del presidente ha resonado entre el ruido de voces estentóreas y de pulmones de bronce? [1]

Sin abandonar la idea de la discusion en público, porque esto era ya imposible, se acordó que Pedro discutiera con Bardo, hombre de ciencia y religion, auxiliado por Pablo, que en esto de disputar pasaba por hombre muy ducho. Y resuelto este punto, se levantó la sesion. No habia más que conformarse, y esperar cada cual la cita á domicilio. Convenia algun intérvalo para ver si se refrescaba la sangre.

Pedro entretanto estaba muy disgustado, y co-

[1] *El Criterio*, pág. 207.

mo vulgarmente se dice, mordiendo hierro, porque tuvo que sujetarse á estas condiciones: á conferenciar pacíficamente con Bardo, y, si resultaba no tener la razon de su parte, hacer penitencia y expiar su pecado:

Ut veniant et conveniant cum pace vocati,
De quibus hæc hominum tanta procella fremit.
Et vel confirment quod dicitur ex ratione,
Aut hi poeniteant, et male facta luant.

Ábrese la sesion, y nosotros volvemos á la arena. Bardo empieza diciendo:

—Todos sabeis quién es Pedro, y cuál es su vida y costumbres. Siempre fué lo mismo, y ahora revuelve cánones para probarnos que él está bien sentado en la diócesis de Luca. No, Pedro: ¿puede ocuparse la sede por dineros? ¿Caben dos obispos en una silla? Imposible.

Pedro responde:

—No; pero si falta uno, la ocupa otro.

Bardo:—Es que no falta. Anselmo no ha perdido su derecho. Además, ¿quién te hizo Pontífice?

Pedro:—La gracia del rey, y el nuevo Papa que me impuso las manos.

Bardo:—Eso no lo puede el rey; y Guiberto no es Papa ni lo será en su vida.

Pedro:—El rey tiene esa potestad: le incumbe velar en las cosas apostólicas: eso está escrito en muchas partes.

Bardo:—Sobre el derecho divino y apostólico

no tiene el rey potestad. El que administra los Sacramentos está más alto que los reyes.

Pedro:—Actos pontificales no ejerce el rey, pero entrega el báculo. Apelo á la tradicion.

Bardo:—¿Divides el pontificado?

Pedro:—No lo divido: defiendo los derechos del rey. ¿No puede el rey darme túnica, caballos, castillos y ciudades?

Bardo:—Eso es otra cosa: puede dar lo que sea suyo, pero nó las cosas de la Iglesia.

Pedro:—Tambien el rey es sagrado.

Bardo:—¿Con que la Iglesia no ha de ser libre? ¿La quieres sujetar al rey?

Pedro:—Veo que no entiendes de libertad. El rey dá libertad á las Iglesias.

Bardo:—¿Cómo? ¿disponiendo del báculo? ¿concediendo el anillo? así entiendes tú la libertad.

Pedro:—Eso es indiferente. ¿Qué importa la entrega del báculo y del anillo? En rigor el báculo es propio de todos los presbíteros, porque todos son pastores.

Bardo:—Veo que todo lo tomas en sentido material: así tomarás la tonsura, el óleo y las demás cosas. Corriente: que el rey haga los clérigos, administre las cosas sagradas, y lo haga todo en la Iglesia.

Pedro:—Tienes la costumbre de zaherir y maldecir, y yo te enseñaré á hablar del rey cual corresponde.

Al encresparse este diálogo, la gente se arre-

molina y echan mano á sus garrotes: pero Tado se levanta á calmar los ánimos y cortar el negocio:

Praedixi verbis non esse potenter agendum,
Jam si quid superest differat ista dies.

Prevaleció su dictámen y se levantó la sesion.

Otro dia continuó la disputa. No dejemos de acudir á nuestra vieja tribuna, porque vamos á presenciar la derrota de los cismáticos.

Conocia Pedro su falsa posicion, y trató de ganar votos con dineros y promesas; pero los rehusó la mayoría:

. . . . . Cessa promittere, perdere noli,
Thesauri nostri dogmata sunt fidei.

¡Oh mayoría! ¡qué mayoría tan sana! no son así las mayorías de ahora, donde se entran buscando medros los hombres que no tienen oficio ni beneficio. Y los de un gobierno se alquilan para el otro que viene: es un modo de vivir como otro cualquiera. Si los de ahora se hubieran encontrado en la edad media, y bien enfrascados en una cuestion *batallona*, en una gran tempestad como la que estamos describiendo, habrian hecho su *agosto* sin celos, sin concurrencias, sin envidias, porque en aquellos tiempos de viva fé abundaban los *intransigentes* y los *irreconciliables*.

Ofuscado de la repulsa, no se presentó Pedro á discutir, sino á insultar y ofender. A la desesperada, quiso jugar el todo por el todo. Dios le cegó.

Echa Pedro pestes contra Anselmo, califica de sedicioso y criminal á Gregorio, y tanto se le fué la lengua, que se enfureció el pueblo. Levantaron los garrotes, amenazaron á Pedro, arrojaron inmundicias en el sitio que ocupaba, vitorearon á Anselmo, maldijeron al intruso, le llamaron ladron y sacrílego á boca llena, y autor de tanta turbacion y de tantos males. Judas le llamaron tambien, y le dijeron:—¡ahórcate!—

Cum Juda memorat, et vocat ad laqueum.
Insurgunt baculis, Petrum de culmine turbant,
Pulvinar multo stercore commaculant.

Las viudas elevan á Cristo sus voces y sus manos para que venga en su socorro: el clamor es general, y los cismáticos están perdidos. El pueblo derriba á Pedro, y pide con imponentes aclamaciones la vuelta de su obispo desterrado. Alzóse, como dicen, el *espectro de la reaccion;* que tambien le toca á veces á la virtud alcanzar en la tierra triunfos envidiables. Pedro huyó; sus sectarios se escondieron. Hizo bien en huir: ya no seria sino

Opprobrium clero, ludibrium laicis.

Bardo y Pablo recogieron muchos laureles, y se bañaron en agua rosada, pero muy santamente. A la virtud de Anselmo atribuyeron esta victoria. Y luego buscaron á Pedro, y trataron de amansarle

con la parábola del buen Pastor que buscó la oveja perdida, y con la alegría de aquella mujer que halló una de las diez dracmas en que consistia su tesoro, y con la conversion de Saulo. Hicieron, en fin, cuanto estuvo de su parte para traerlo á verdadera penitencia.

No dice Rangerio si Pedro se convirtió por las exhortaciones de aquellos buenos cristianos, ilustres defensores de la religion; y cuando no lo dice, señal es de que se obstinó y se perdió miserablemente. Ya se vé, le tenia asido el demonio por tantos lados! Con sola la avaricia tenia bastante aquel ambicioso para enredarse y cegarse y despeñarse á los profundos infiernos.

Sic et avarus homo nulla curabitur arte,
Augendo crescit et minuendo malum.

IX.

El lector habrá visto con admiracion la inesperada victoria de los católicos, con ser tan prepotentes los cismáticos favorecidos por el rey: pero esto tiene su explicacion. El espíritu de los pueblos seguia siendo profundamente cristiano á pesar de los desórdenes de los magnates, y aun á pesar de la corrupcion que ellos engendraban con sus locas ambiciones. El mal no era universal: en los campos, en las aldeas, y aun en las ciudades, las clases en general vivian sencillamente de la religion, que era todo su consuelo. La corrupcion y tiranía de reyes y magnates inspiraba repugnancia; pero edificaba y consolaba la santa vida de innumerables religiosos en el retiro de sus monasterios. Los mismos perseguidores del Pontificado solian no perseguir (ó tal se lo imaginaban) las creencias religiosas del pueblo; y era entonces muy comun que uno de aquellos barones despóticos y codiciosos se arrepintiera de sus vicios, y para reparar el daño que habia hecho con sus injusticias edificaba un monasterio, iba en penitencia

á visitar el sepulcro de San Pedro, se encaminaba á Jerusalen, ó venia á España con su baston de peregrino á visitar el sepulcro del Apóstol Santiago. No hay duda que aquellos siglos eran siglos de mucha fé.

Esto no impidió que Enrique IV, frustradas unas y otras tentativas contra Gregorio VII, se resolviese á poner cerco á Roma y á entrarla por la fuerza de las armas. En esta ocasion faltan los medios de resistir á Enrique. A vista del peligro, el Papa predica á los romanos la doctrina de salvacion:

Ecce furit dirus, et muros obsidet hostis,
Et gladio nostras tollere vult animas.
Si quaerit nostro gladium maculare cruore,
Et verbum vitae non magis opprimere,
Non metuo, non impedio..... etc.

Cerradas las puertas de la ciudad, los romanos pelean valerosamente. Oradores populares los estimulan: traen á su memoria el nombre de Anibal y el cerco de los galos, mientras el Papa con los cristianos inermes recuerda á San Pedro crucificado por Neron. El senador Máximo sube al Capitolio, invita al Papa, y delante del pueblo lo exhorta á la paz con la misma hipocresía que acaba de emplear en un famoso documento Visconti Venosta. «El enemigo, responde el Papa, tiene en su poder los muros y los altares. ¿De qué paz hablais? ¿de una paz que no sirva á Dios ni á la Iglesia? Yo no abandono á Cristo: bajo esa paz aparente se es-

conden crueles guerras. Si á los vencidos de otros dias damos las armas, y damos la Iglesia, y entregamos la ciudad, ¿qué nos queda? Entregadles tambien el Papa: no me resisto.»

Sed Christum non destituo; sub imagine pacis
Bella latent, victis scilicet arma damus;
Victis Ecclesiam, victis concedimus urbem,
Quid superest? Et me tradite, et non renuo.

Expugnada la ciudad, Gregorio VII se refugia al castillo de Santangelo. Sus enemigos lo asedian, pero vuela en su socorro Guiscard, saca al Papa de aquella fortaleza, y lo conduce sano y salvo hasta Salerno. Entretanto ardian los principales edificios y monumentos de Roma, y los nobles débiles, ó enemigos del Papa, expiaban como siempre su complicidad llorando los estragos de la Ciudad Eterna.

En Salerno acaba su gloriosa carrera el gran Pontífice Hildebrando. Vió venir la muerte y la recibió con alegría.

Jamque aderat suprema dies, multumque cupita,
Ut sibi felicem cerneret ille diem.

Bendice á los suyos y designa por su sucesor al Cardenal Didier. Muy poco le dió que hacer el testamento: distribuyó sus vestidos, legó á Anselmo una mitra, y le encargó el cuidado de las iglesias vacantes en Italia.

De testamento non est discussio longa.
Vestimenta suis dividit, atque mitram
Anselmo tribuit, et curam mandat habere,
Ecclesiae tota qua vacat Italia.

Consolaban al moribundo Pontífice los Cardenales y obispos que le asistian trayendo á su memoria los muchos trabajos de su vida apostólica; pero el Papa pronunció estas palabras solemnes por la ocasion, y memorables por su significado: «mis trabajos no tienen mérito alguno: solamente confío en que *he amado la justicia y aborrecido la iniquidad: por esto muero en el destierro.*» Y levantando los ojos al cielo, espiró el 25 de Mayo del año 1085.

Et sic ad coelum lacrymantia lumina tollens
Migrat, et ad patriam carne solutus abit.

Muerte sublime la de San Gregorio, por más que Mr. Michelet en su *Historia de Francia* haya dicho que fué la muerte de un escéptico. Haciéndose cargo de las memorables palabras que pronunció el Papa poco antes de morir, vé Mr. Michelet *un alma heróica*, y el *ideal del dolor;* pero vé tambien el escepticismo en esa queja que le parece tan amarga. ¡Qué modo de juzgar! El historiador francés no se ha hecho cargo de la relacion íntegra que nos dió de esa muerte el cronista Pablo Bernried, donde se citan las últimas palabras del Santo Pontífice. El Papa se creia vencedor, como

en efecto lo fué; y en prueba de ello, cuando designó por su sucesor al Cardenal Didier, Abad de Monte-Casino, encargó que tomara el nombre de Victor: tal fé tenia en la victoria de la Iglesia. No es esta seguramente la disposicion de un escéptico. Sin duda padeció en Salerno, como padeció en Roma; pero su fortaleza y su amor á la justicia le hicieron estar siempre preparado para el martirio. Dos veces escribió á los germanos y una á todos los fieles, diciendo que queria la muerte ántes que consentir fuese abolida la ley cristiana; que preferia morir á ser vencido.

Las últimas palabras de San Gregorio VII son más bien un grito de esperanza, como que están tomadas del siguiente versículo del Salterio: *Dilexisti justitiam et odisti iniquitatem.* ¿Y qué sigue? *Propterea unxit te Deus, Deus tuus, oleo letitiae* [1]. Moria en el destierro, pero se consolaba esperando una gran recompensa; esperaba aquella uncion tan suave, aquel perfume de la alegría prometida en una vida mejor á los que aman la justicia y aborrecen la iniquidad.

Rangerio hizo este lacónico y bellísimo elogio del Santo Pontífice:

Gregorius, lumen fidei, reparatio legum,
Integritas vitae, justitiae speculum,
Pontificum rector, et vox, et lingua piorum,
Normaque formandae traditionis, obit.

[1] Ps. XLIV.

Entre el llanto de los fieles recordamos á la Condesa Matilde. Sus ojos son dos fuentes de lágrimas. Anselmo la consuela: «Creeme, hermana mia; el Pastor no dejó el rebaño, ni á nosotros nos abandona. Hará como Cristo, que se fué al seno de su Padre sin abandonar á los suyos:»

Pastor, ait, mihi crede, soror, non liquit ovile,
Nec nos deseruit, sed redditurus iit.

Mas siempre que Anselmo veia la mitra, encendíase en amor, y se deshacia en llanto:

Et quoties mitram videt, irritamen amoris
Solvitur in lacrymas et fugit ad tenebras.

Gravísimos cuidados ocupan al santo obispo: muerto el Papa, todos los cismáticos se juntan para combatir á la Condesa Matilde. «Si no salimos con la nuestra, se decian, será vergonzoso. Pague esta mujer lo que debe: sométase al rey, ó de lo contrario, experimentará la virtud de estos aceros:»

Aut redeat, regique suo sua debita solvat,
Aut vestros animos sentiat, et gladios.

En pós de las amenazas vinieron los enemigos en grande número. Pocos eran los defensores de Matilde, pero con mucha fé tomaron las armas. Anselmo los consuela y los exhorta. «No pongamos

la confianza en las espadas, sino en Gregorio que pelea por nosotros.»

Non est in gladiis, fratres, fiducia nostra;
Gregorius vobis militat ante Deum.

Empéñase el combate: se rompen las lanzas, saltan los escudos, échase mano á las espadas. Perecen innumerables cismáticos; los secuaces del rey se pronuncian en derrota. Así pelea Anselmo:

Sic agit Anselmus, sic pugnat, dumque precatur,
Prosternit, superat, impedit atque ligat.

La victoria de los católicos permite á Anselmo dedicarse á visitar las Iglesias vacantes. Anuncia la palabra de Dios, administra los Sacramentos, anima á los católicos, conforta á los débiles, y *colirio* es su doctrina para sanar los ojos enfermos:

Collirium dictat, atque oculos recreat.

Alegraba la presencia de Anselmo, y recreaba á los fieles porque tenia miel en la boca. Tál era su facundia y sabiduría, sobre el conocimiento de los autores antiguos y de los expositores de las Santas Escrituras. Escribió una exposicion de las lamentaciones de Jeremías, y recogió en un libro apologético muchas sentencias de los antiguos Padres. Tambien expuso el Salterio á ruegos de la Condesa Matilde; pero la muerte no le dió lugar á concluir este trabajo. Fiel á la memoria de San

Gregorio VII, consolando á los suyos, mirando hasta el último instante de su vida por los intereses de la religion, espiró en la ciudad de Mantua el 18 de Marzo de 1086, á los trece años de su Pontificado, y á los nueve meses y veintitres dias de la muerte del gran Papa Hildebrando.

Anselmus migrat, et super astra volat.
Audita patris Anselmi transitione,
Mantua tota ruit, et lacrymosa gemit.

Pero las exequias se volvieron triunfales alabanzas. Florecieron los lirios, y nuevos milagros decidieron que fuese Mantua el lugar de su sepultura.

Falta de todo apoyo la Condesa Matilde, exclama:

¡Heu me desertam! ¡Quaenam haec sententia, Christe,
Tollere spes, et opes, et bona tanta simul!
Gregorium tuleras, patrem mihi, gaudia Romae,
Ecclesiae lumen, praesidium patriae.

Rangerio describe con viva ternura el dolor de Matilde: «¿Quién rogará por mí? ¿Quién enjugará mis lágrimas? ¿Quién nos dará fortaleza contra nuestros enemigos? Gregorio, Anselmo, ¿por qué hicísteis esto conmigo?

Et cui plorabo? Quem pro me stare rogabo?
Quis terget lacrymas? Quis dabit eulogias?
Quis reget hos homines? Quis confirmabit in hostes?
. . . . . .

Quid mihi fecisti? Cur tam cito deseruisti?
Haeccine sunt tanto frivola digna viro?
Nunc sine me gaudes, ego te sine vivere nolo,
Te sine nulla mihi gaudia laeta peto.

Uno mismo era el sentimiento de todos los fieles. Sobre la tumba del obispo de Luca le ofrecian el tributo de sus lágrimas, y se encomendaban á Dios por la intercesion del bienaventurado Anselmo:

Sic flentem excipiunt et patri debita solvunt,
Et se commendant jam per eum Domino.

X.

Dos palabras sobre la generosa empresa del Pontificado en este periodo de la historia eclesiástica.

«Desde su advenimiento, dice J. Moeller, Gregorio VII se consagró todo entero á libertar la Iglesia de la dependencia del poder temporal, y á restablecer la disciplina eclesiástica en toda su pureza.» [1] Escribiendo á su amigo el abad de Cluny, le decia: «Quisiera haceros comprender to-

[1] *Precis de l' Histoire du moyen age*, pág. 296.

das las tribulaciones que me aquejan y los trabajos que me abruman.... Ya mire al occidente, al norte ó al mediodia, apenas descubro algunos obispos que hayan entrado en el episcopado por las vias canónicas, que vivan como obispos... Entre los príncipes seculares, no conozco ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya propia, la justicia al interés. En cuanto á aquellos en medio de los cuales yo vivo, los romanos, los lombardos y los normandos, muchas veces les echo en cara que son peores que los paganos.» [1]

Una rápida ojeada dará á conocer la grandeza de la reforma, y la preparacion que tuvo.

El siglo XI fué venturoso para los Papas, á pesar de tan rudas pruebas. A sus anteriores humillaciones sucedió una resurreccion rápida. Desde Benedicto IX de triste memoria, á San Gregorio VII, solo mediaron veintiocho años. Empezó la resurreccion con San Leon IX. Subió al trono el 2 de Febrero de 1049, protegido por Enrique III, piísimo emperador, nuevo Constantino. Hildebrando, discípulo de Gregorio VI, estuvo dester-

[1] *Circumvallat enim me dolor immanis..... cum mentis intuitu partes occidentis sive meridiei, aut septentrionis video, vix legales episcopos introitu et vita qui christianum populum Christi amore et non sæculari ambitione regant, invenio; et inter omnes sæculares principes qui proponant Dei honorem suo, et justitiam lucro, non cognosco. Eos autem inter quos habito, romanos videlicet, longobardos et normannos, sicut sæpe illis dico, judæis et paganis quodam modo peiores esse redarguo.* Epist. 49.

rado con su maestro en Colonia y en Cluny: de aquí se lo trajo San Leon á Roma, lo hizo cardenal, y fué su principal consejero. El Papa celebró concilios en Roma, Pavía, Vercelli, Mantua, Reims, Augusta y Maguncia. Le ayudaron en otras felices empresas el emperador Enrique, Hildebrando, San Pedro Damian, los monjes camaldulenses, los de Vallumbrosa y Cluny, que fueron los agentes más poderosos de la reforma y santificacion de la Europa.

Los normandos con espada y astucia se apoderan de una parte del dominio temporal del Papa: se enseñorean de la Puglia. Los oprimidos piden socorro. El Papa exhorta, amenaza, acude á las armas, es derrotado en 1053 y hecho prisionero: pero tocados de la santidad del Pontífice, los capitanes Umfredo, conde de Puglia, su hermano Roberto Guiscard, y Ricardo, conde de Aversa, con todos sus caballeros se postran á los piés del Papa y se declararon por vasallos suyos. San Leon muere el 19 de Abril de 1054, y le sucede en 13 de Abril de 1055 Victor II, apasionado por la reforma. El gran emperador Enrique III, jóven de 39 años, muere en los brazos del Papa en 5 de Octubre de 1056; y el Papa muere poco despues en Arezzo, á 28 de Julio de 1057. La mayor desgracia fué recaer la corona en Enrique IV, todavia niño, y ser regente la emperatriz Inés. A Victor II sucedió Esteban IX. Tuvo grandes pensamientos: quiso arrojar de Italia á los normandos con el brazo

de Gofredo, pero murió en Florencia á 20 de Marzo de 1058.

Condes y barones eligieron tumultuariamente un Papa (Benedicto X) contra la voluntad de Estéban, que ordenó se detuviera la eleccion hasta el regreso de Hildebrando, que estaba en Alemania. Vuelve Hildebrando, es elegido Nicolás II, y el Anti-papa depuesto en concilio, y excomulgado. El acto memorable de este Pontífice fué su alianza con los normandos: así opuso en el Mediodia un baluarte contra griegos y sarracenos, en Roma un escudo contra los condes y barones rebeldes, y en Italia un contrapeso al poder imperial. Pero muere Nicolás II en Florencia el 19 de Julio de 1061, y se desencadena la tempestad que habia de causar tantos estragos en los reinados de Alejandro II y San Gregorio VII. Por la Iglesia estaban estos santos Pontífices, continuadores de la obra de San Leon: por la Iglesia estaban los normandos al Mediodia, Gofredo y la Condesa Matilde en Toscana, al Norte la Condesa Adelaida de Susa y las bandas populares de Milan, Cremona y Piacenza. Contra la Iglesia militaban Enrique IV y Enrique V, los Anti-papas Cadolao, Guiberto, Maginulfo, Burdino, ayudados por los rebeldes condes de Túsculo y por el brutal Cencio, dueño del castillo de Santángelo.

A Nicolás sucedió Alejandro II en 30 de Setiembre. Los pueblos germánicos oprimidos por el emperador imploraron la proteccion del Papa:

Alejandro ordenó á Enrique IV que se presentase en Roma á dar satisfaccion á Dios y á la Iglesia. Murió el Papa en 21 de Abril de 1073; y al otro dia, sobre el féretro de Alejandro, y por repentina y unánime aclamacion del clero y pueblo romano, Hildebrando subió al trono con el nombre de Gregorio VII. Dios le suscitaba para la salvacion de la Iglesia y del mundo en las circunstancias más críticas, cuando más recia bramaba la tempestad. El nuevo Papa conocia los negocios; venia luchando con todos los obstáculos en tiempo de sus predecesores; Dios le habia dotado de gran fortaleza; pero la empresa era tan difícil, que en los primeros meses de su pontificado explayaba su ánimo escribiendo cartas á San Hugo de Cluny, á Beatriz de Toscana, á la Condesa Matilde, hija de Beatriz, y al cardenal Desiderio, expresando el terror que le causaba tan árdua obra.

Los sucesos vinieron á confirmar los temores del nuevo Papa. Gregorio VII dió dos decretos sobre reforma del clero en los concilios romanos de 1074 y 1075, que irritaron á los simoniacos y concubinarios de Alemania y Toscana, obligados á elegir entre la concubina y el altar; y como la corte del rey era un mercado de obispados y abadías, Enrique alentó la rebelion contra el Papa. Se puso en inteligencias con los enemigos de Gregorio, en Roma con Cencio, en Ravenna con el arzobispo Guiberto que aspiraba al trono pontificio, y preparó la trama que daria por resultado asesinar al

Papa en la noche de Navidad de 1075, ó apoderarse de su persona. Cencio fué el ejecutor, como ya hemos dicho.

Enrique y sus obispos desde Alemania, reunidos en asamblea el 24 de Enero de 1076, despues de una invectiva del ex-cardenal Hugo Cándido, depusieron de la sede Apostólica al *falso monje Hildebrando*. Guiberto juntó en Piacenza á los obispos cismáticos de Lombardía, y tomaron el mismo acuerdo: un clérigo de Parma, Rolando, fué á Roma á comunicar al Papa la resolucion de la Dieta alemana y del conciliábulo italiano. El Papa celebraba concilio en aquellos dias: presentóse Rolando en la asamblea vaticana, y á nombre de Enrique y de los obispos cismáticos intimó á Gregorio VII que descendiera del trono de San Pedro. El audáz mensajero se expuso á morir á manos de los guardias que sacaron las espadas, pero el Papa le defendió. Aplacado el tumulto se leyeron los decretos y cartas que Rolando traia; el concilio pidió el anatema contra Enrique.

Al otro dia, 23 de Febrero, empezó la sesion asistiendo la emperatríz Inés, madre de Enrique, que anteponia la causa de la Iglesia á la de su hijo. El Papa en fin, con nuevas instancias de los obispos, pronunció la sentencia de excomunion, y ya que nó la deposicion del trono que se retardó hasta el 1080, la suspension. Esto era conforme al derecho público de aquel tiempo: príncipe excomulgado, príncipe depuesto. Tal castigo se atrajo En-

rique, enemigo de la Iglesia, tirano de sus pueblos, violador de todo derecho, disoluto y depravado hasta querer prostituir á su propia hermana, sacrílego despreciador de los divinos misterios.

Al tremendo anatema siguieron los castigos del cielo: muertes repentinas en los cómplices del emperador. Guillermo, arzobispo de Utrecht, que desde el púlpito y en presencia del rey se mofó de la excomunion, murió desesperado: el obispo Burcardo cayó del caballo y se partió las sienes: Enrique de Spira murió de un rayo: el duque Gocelone fué asesinado. Muchos obispos y príncipes se apartaron de Enrique y pidieron perdon al Papa: los pueblos alemanes oprimidos, la Sajonia, Baviera, Suevia y Franconia, formaron una liga á las órdenes de Rodolfo, y en 16 de Octubre de 1076 acordaron que si dentro de un año y un dia no lograba Enrique ser absuelto de la excomunion, quedaria depuesto del trono y aclamarian un otro soberano. Entretanto, viviria como persona particular, hasta la dieta de Augusta que presidiria el Papa, á quien se someteria la solucion de este negocio.

Por esta razon vino á Canosa á hacer aquella ligera penitencia, y fué absuelto de la excomunion. Pero sale del castillo, allega parciales con intento de apoderarse del Papa, cierra el paso de los Alpes para que no pudieran socorrerle los alemanes, y empuña las armas. Entónces los príncipes del Imperio, sin aguardar el asentimiento del Papa, eligieron nuevo rey á Rodolfo, príncipe de Suevia,

en Forchheim, á 15 de Marzo de 1077. Se coronó en Maguncia, prometió libertad en las elecciones episcopales, reinó tres años y medio, pero en guerra con Enrique IV, y murió de un lanzazo que le dió Godofredo de Buillon, futuro héroe de la primera Cruzada. En aquel dia sufrió derrota junto á Mantua la Condesa Matilde. Desgracias!

Trajo Enrique la guerra al campo de Italia: atravesó los Alpes con su ejército en la primavera de 1081, recibió en Milan del cismático Tedaldo la corona de hierro, acercóse á Roma, y el 21 de Mayo acampó con el Anti-papa Guiberto á vista de la Ciudad. Tres años duraron los combates, asaltos, ofertas, halagos, amenazas, derramando el oro y los títulos palatinos, con que se acercó á San Pedro, donde se dió una gran batalla el 2 de Junio de 1083. Los enriquianos se apoderaron de parte de la Ciudad: el Papa se refugió al castillo de Santángelo, donde el 24 de Junio renovó la excomunion á Enrique y al Anti-papa. Viéndose perdidos, los romanos suplican al Papa que se venga á buenas con el rey: San Gregorio responde que Enrique dé satisfaccion á Dios y á la Iglesia por sus delitos. Por último se conviene en que se celebraria un concilio general en Noviembre para el arreglo de esta cuestion.

Pero Enrique impide la llegada de muchos obispos. Ábrese el concilio con pocos prelados italianos y franceses: el Papa los exhorta á la fortaleza en tan atróz persecucion: todos lloraron. Nadie so-

corria al Papa: ni el nuevo rey de Alemania, sucesor de Rodolfo, porque los partidarios de Enrique le estorbaban el paso por los Alpes: ni Matilde, obligada á guerrear con Enrique, perdiendo ciudades y castillos: ni los príncipes normandos, que se iban arreglando con el rey: ni Roberto Guiscard que preparaba contra los griegos un ejército victorioso. Los romanos no podian más: solo el Papa estaba dispuesto á la muerte sin dar ni una señal de flaqueza.

Vuelve Enrique IV á hostilizar á Roma en Diciembre de 1083: una diputacion de romanos le abrió las puertas de la Ciudad. El rey entró el 21 de Marzo de 1084, se posesionó con el Anti-papa de San Juan de Letran, y de sus manos recibió en San Pedro la corona imperial. El Papa seguia en el castillo de Santángelo: los nobles que le quedaron fieles se defendian en sus fortalezas: el rey fué combatiéndolas una á una, y vino despues á poner cerco al último baluarte del Papa. Pero mientras Enrique rodeaba con un muro la mole de Adriano, llega la noticia de que Roberto Guiscard con 30,000 infantes y 6,000 caballos avanzaba hácia Roma á marchas forzadas. Sale huyendo de Roma Enrique el 21 de Mayo, para no volver más: el 27 llegó con su ejército el terrible normando, y libertó al Papa, y lo llevó en triunfo á la basílica de Letran. En la Ciudad, estragos, sangre, incendios, saqueo, un gobierno insufrible. Viendo el Papa las llamas que devoraban tantos monumentos desde el Foro has-

ta el monte Celio, y doliéndole no menos la defeccion de tantos romanos que le habian sido fieles en casi toda la guerra, celebró su último concilio, renovó la excomunion contra el rey y el Anti-papa, y se retiró de Roma para morir en Salerno.

Este es el déspota, el terrorista, el feróz Hildebrando: acuchillado en 1075 en Santa María la Mayor, martirizado con tantos años de guerra, abrumado con los trabajos de la reforma del clero y de la sociedad, haciendo frente á la tiranía del príncipe germánico y al vandalismo de dentro y fuera de Italia, y muriendo al fin, aunque de muerte gloriosa, consumido por las fatigas y amarguras de su revuelto Pontificado.

Pero ¿que decís en suma de la deposicion de Enrique IV y de tantas excomuniones como fulminó Gregorio VII? ¿No podrá siquiera decirse con el Abate Fleury en sus *Discursos sobre la historia eclesiástica*, que «Gregorio VII llevó el rigor de las censuras más allá de lo que se habia visto hasta entonces?» [1] ¿No se podrá decir que se mostró ardientemente apasionado en sus actos pontificales, y que la fortaleza de su carácter le arrastró á medidas extremas?

A esta y otras objeciones respondió victoriosamente Muzzarelli. Cosa bien fácil, porque San Gregorio II excomulgó al emperador Leon Isáurico, iconoclásta, y le privó de los tributos de la Italia,

1 Disc. 3. núm. 17.

con lo cuál perdió una parte de su Imperio. San Zacarías depuso á Chilperico: le sustituyó Pipino en el trono de Francia. San Gregorio III y Esteban II transfirieron la dignidad imperial y los estados de Italia á la corona de Francia. San Leon III puso la corona imperial sobre la cabeza de Carlomagno.

Amenazando San Gregorio Magno á quien conculcase los decretos de la Sede Apostólica, dijo: *potestatis, honorisque sui dignitate careat,... et nisi vel ea quæ ab illo male ablata sunt instituerit, vel digna poenitentia illicite acta defleverit, a sacratissimo corpore et sanguine Dei et D. N. J. C. alienus fiat.* San Gregorio VII interpretando este pasaje hizo su propia defensa: «El bienaventurado Papa Gregorio decretó que los reyes perdiesen su dignidad cuando osaran violar los decretos de la Silla Apostólica.... ¿quién podrá censurarnos por haber depuesto y excomulgado á un Enrique, que no solo ha despreciado los juicios de la Silla Apostólica, sino que ha oprimido á su madre la Iglesia, ha despojado y devastado tiránicamente todo el reino y todas las Iglesias? ¿quién podria censurarnos á no ser otro como Enrique?» [1]

Nó censuras, sino aprobaciones mereció San Gregorio VII de sus contemporáneos; de Mariano Scotto en su *Crónica*, de Lambert en su *Historia germánica*, de San Anselmo de Cantorbery en sus escritos, de San Anselmo de Luca escribiendo á

[1] Lib. 8. Epist. 21.

Guiberto, de Pablo Bernried, Leon de Ostia y otros cronistas. El Papa reunió tres concilios y obró con el acuerdo de estas asambleas. Las cuestiones que resolvió el famoso Hildebrando pasaron en los siglos siguientes por el tamiz de los más ilustres doctores de la Iglesia, entre ellos Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, San Antonino de Florencia y San Raimundo de Peñafort. «Tiene la Iglesia derecho, dice Santo Tomás, mediando causas graves, para privar del reino no solamente á los príncipes heréticos, sino tambien á los infieles.» [1] Leyendo Leibnitz los argumentos de Belarmino sobre la jurisdiccion temporal indirecta de los Papas, suspendió su juicio porque le hicieron gran fuerza.

Por lo que respecta á otras excomuniones y deposiciones, el Santo Pontífice siguió el ejemplo de santos obispos y sumos Pontífices á quienes no se censura, sino que se alaba. San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, en un sínodo depuso de su silla y privó del sacerdocio á seis obispos simoniacos. Inocencio I escribiendo al concilio de Cartago acerca de Pelagio y Celestio, dijo que era necesario separar de la Iglesia á los malos pastores, *ne permittendo lupos, mercenarii magis videamur quam pastores.* [2] El Papa San Felix sostuvo la misma doctrina contra los políticos de entónces, que suponian á la Iglesia en peligro por la

[1] Secund. secundæ, q. X. art. 10.
[2] Labbe, t. 3. ep. 24.

censura eclesiástica que recayó contra Acacio. Quejóse el emperador Anastasio al Papa Gelasio por el rigor de San Felix; y hablaba mucho de paz y de caridad como quien diera buenos consejos; pero San Gelasio le responde con la doctrina de San Pablo: *Charitas de corde puro, et conscientia bona, fide non ficta. Quomodo, quæso te, de corde erit puro, si contagio inficiatur externo? Quomodo de conscientia bona, si pravis fuerit malisque commixta? Quomodo fide non ficta, si maneat sociata cum perfidis?* [1] La misma conducta siguió Simmaco con el Imperio: *Nos quidem potestates humanas suo loco suscipimus, donec contra Deum suas erigant voluntates... Defer Deo in nobis, et nos deferemus Deo in te.* [2] Hormisdas, Vigilio, San Gregorio Magno, siguieron la misma conducta; excomulgaron, depusieron, reprendieron, nó por ira ni por soberbia, nó por ambicion ni por ser enemigos de la paz, sino por llenar los deberes de su cargo, cumpliendo con lo que en la persona de Tito previene á los obispos el Apostol San Pablo, á fin de corregir á los seductores, y á los desobedientes, y á los que enseñan mala doctrina, y á los que subvierten las casas y trastornan la sociedad, y á los hereges, cuyo contacto es preciso evitar.

Por consiguiente, las máximas de San Gregorio VII y sus actos pontificales no discreparon de la doctrina y conducta de sus predecesores, cuya

1 Labbe, t. 5. ep. 8.
2 Ibid. t. 5. ep. 6.

fortaleza se admira por todos. Tuvo por hereges y publicanos á los que no oyeron la voz de la Iglesia, como enseña el Evangelio: reprendió y castigó la simonía, la incontinencia de los clérigos, la usurpacion de los bienes y derechos eclesiásticos, la heregía, los crímenes atroces, y protestó contra la tiranía del rey germánico, en interés de la religion, de la moral, de la libertad de los pueblos oprimidos, en defensa del derecho natural, en defensa de la civilizacion, y por el bien público. Con las llaves del reino de los cielos, con la espada temporal y espiritual, con los atributos de su doble soberanía, los Pontífices romanos, y por consiguiente San Gregorio VII en su tiempo, trabajaron por la independencia de la Iglesia y la salvacion de la sociedad. No soñó siquiera someter la Europa á su despótico arbitrio; no se propuso destruir el poder de los reyes. «Gregorio VII no aspira á destronar, y menos en provecho propio, á Enrique IV. Hace con él, con diferencia de tiempo y accidental diversidad de circunstancias, lo que habia hecho San Ambrosio con Teodosio el Grande. No es el rival del Emperador; es el gran Sacerdote del Catolicismo: es el tribuno apostólico de la gran República cristiana.» [1]

Ciegos y desatentados estuvieron los reyes, pensando que el sacerdocio iba á destruir el Imperio: los regalistas de todas partes fantasearon un

1 Pastor Diaz, *Italia y Roma.*

Hildebrando que causaba miedo; los reyes creyeron asegurarse lastimando los derechos de la Iglesia, y nó hicieron sino facilitar los triunfos de la revolucion que derriba los tronos. En vano la Iglesia que sabe más y ha visto más que los filósofos y los príncipes les decia: *Et nunc reges erudimini:* los reyes se hicieron los sordos y se despeñaron de sus altas cumbres. Todavia se quiere hacer del bondadoso Pio IX un Hildebrando: el nuevo Imperio germánico finge alarmarse por el decreto conciliar sobre la infalibilidad del Romano Pontífice; *vampiro* llaman todavia los liberales al Papa prisionero, y *chacales* á los obispos perseguidos: pero nó es la Iglesia la que ha encendido el Vesubio de las revoluciones; nó es el Pontificado el que ha extendido por los campos de Italia y Europa la lava ardiente de las pasiones anárquicas, ocasionado los terremotos y sacudimientos que todo lo arruinan. Los tiranos, y los terroristas, y los liberticidas, y los vampiros, y los chacales, todo el mundo los conoce y se sabe dónde están: lo que no saben todos, aunque todos lo verán algun dia, es cómo de la Iglesia abatida, saqueada, tiranizada, sale toda autoridad, toda ley, toda luz, toda vida, si Dios quiere que el mundo salga triunfante de esta barbarie como triunfó de las pasadas irrupciones.

Ergo damnamus reges? non, sed stabilimus;
Nam Christo regnum servit et imperium.

El Poema de Rangerio contiene en pocas pa-

labras la sustancia de todos los argumentos que hemos aducido con motivo de la guerra impía de Enrique IV contra San Gregorio VII, y revela la grandeza de la reforma acometida por la Iglesia, hácia quien es preciso volver los ojos en el triste estado en que nos hallamos, faltos de una fuerza creadora y ordenadora como aquella fuerza espiritual que salvó la civilizacion, defendió el derecho y la justicia, hizo sagrada la autoridad, y dió siglos de ventura y prosperidad á las naciones.

XI.

Tal es el poema de Rangerio. Hemos usado con libertad de no pocas licencias, yendo y viniendo, intercalando episodios, enderezando entuertos, haciendo aplicaciones de unos tiempos á otros, añadiendo lo que ha sido menester para sentar la mano á los escritores que no reparan en medios, cuando se trata de ofender á la Iglesia. Pero no nos arguye la conciencia de haber faltado á la verdad histórica aun habiendo relatado á sabiendas cosas meramente verosímiles, ateniéndonos con el debido respeto al precepto de Horacio:

> Tú, escritor, ó confórmate á la historia,
> O síguela de cerca en lo que añadas.

Creemos que algunos lectores, aficionados á

descubrimientos literarios (y no es de poca valía el Poema de Rangerio), aunque no estén muy dispuestos á admirar las obras de la edad media, rectificarán su juicio, si quieren rectificarlo. A reconocer la ligereza de ciertos críticos, la ignorancia general en este punto, y la ceguedad de algunos escritores extraviados en sus juicios, y dominados por una pasion que con poco disimulo rompe en ojeriza contra la Iglesia de Cristo y su divina mision en la tierra, están obligados en todo rigor, reprobando lo que la Historia desmiente, y desechando impugnaciones que no descansan en ningun fundamento.

Por tanto, no hay razon para poner á Gregorio VII en el número de los locos, como Voltaire queria, ni llevan camino los razonamientos de Mr. Guizot explicando la naturaleza del poder pontifical y la constitucion de la Iglesia y la prepotencia de tales ó cuales clases en la edad media.

Delira por otro estilo Mr. Michelet á causa de su impiedad, tachando de escépticas las últimas palabras que pronunció al morir San Gregorio VII; lo que no es maravilla, pues el historiador francés tachó de lo mismo las sublimes palabras de Jesucristo en la Cruz.

En los elevados designios del Papa reformador no vió Mr. Quinet más que una sola parte, la que mira á procurar la libertad de la Iglesia, llevándose del nombre y contándole por ende entre los precursores de los convencionales ó terroristas;

de modo que hasta en los elogios que hace del Pontífice, á quien llama *grande*, y *héroe*, y *santo*, se abrigan sus odios contra el Pontificado y su apasionado amor á todas las revoluciones enemigas de la Iglesia.

Del mismo vicio adolece por incompleto el juicio y la alabanza que hizo de este Pontífice Mr. Voigt, en su *Historia del Papa Gregorio VII*, atribuyéndole como único deseo el de dar libertad á la Iglesia, cuando tuvo además el de reformar las costumbres y formar un clero de vida ejemplar y santa. Pero Mr. Voigt no escupe veneno: todo lo contrario: escribe con moderacion y con honradéz; admira á tan gran Pontífice, aunque no aprecia con acierto el conjunto de sus acciones.

Mr. Cárlos de Rémusat duda de la sinceridad del Papa, suponiendo que lo de la reforma moral era un pretexto para alcanzar el poder absoluto: y de aquí el llamarle revolucionario inspirado, que juntando al poder de su genio el de la religion y la política, quiso desterrar la barbarie y sujetar reyes y vasallos. Mr. Guizot dice lo mismo en su *Historia de la civilizacion en Europa*, sin tener en cuenta que la existencia de la Iglesia estaba en peligro, que los reyes invadian á Roma y favorecian ambiciones de los antipapas, y que habia clérigos y legos á quienes no se podia barajar. Buena ocasion para que soñara ningun Papa con la autocracia de Europa! ¿No recuerda Mr. Guizot cómo murió en Salerno el *autócrata* Hildebrando? Serán muy

elocuentes las *lecciones* del sábio publicista; pero ese juicio filosófico carece de fundamento histórico. La verdad es que el estado de la sociedad y de la Iglesia imponia árduos deberes al Sumo Pontífice: «el espantoso desórden que advirtió Gregorio, dice el Abate Gorini, era una realidad; la simonía y la corrupcion eran una realidad; la necesidad de una reforma era tambien otra realidad; y éralo asímismo la imposibilidad de operar esta reforma, á no hacerse por el poder eclesiástico.» [1] No es, pues, extraño que el mismo M. de Rémusat, si bien contradiciéndose, se vea obligado á decir: »La causa de la Iglesia en esta época merece la simpatía y el respeto.» Para negársela seria necesario falsificar la Historia, ó despojar de su natural significacion á los hechos más comprobados y mejor conocidos. Bien podemos ahora con la preciosa *Vida de San Anselmo de Luca* atajar atrevimientos de los críticos; pues cualquiera que sea su autoridad y su fama, podemos sin injusticia calificarlos como se calificaba en lo antiguo á los griegos poco veraces: *Audet in historia*. En desconociendo la *realidad*, todos nos echamos á fingir quimeras. Yo digo lo que me parece; levanto un sistema sobre mis suposiciones: viene otro despues y exajera mis teorías, todos se apartan á mil leguas de la verdad, y el público, que no puede defenderse, se contamina acogiendo falsas opiniones y cree que se ilustra bebiendo en tan

[1] *Défense de l' Eglise*, tom. III. pág. 256.

buenas fuentes. Y esto es cabalmente lo que ha sucedido á Mr. Guizot, al juzgar la empresa de Gregorio VII: pues mientras él se limitó á atribuir á Hildebrando el propósito de alcanzar el dominio directo y absoluto sobre toda la sociedad europea, cuya empresa, segun el célebre escritor francés, no pudo el Papa realizar; otro escritor, M. James Stephen, entusiasmado con las elocuentes suposiciones de Mr. Guizot, supuso la empresa realizada, y vió en su imaginacion un «vasto estado teocrático, el gobierno universal de los Papas, y todos los reyes y potestades de la tierra sometidos á la legítima autoridad del obispo de Roma.» [1] Y si esto pudo decir un profesor de Historia, ¿qué no será capáz de admitir el vulgo bajo la autoridad de los maestros? toda mentira por pequeña que sea, crece pasando de boca en boca: *Crescit eundo.* Por fortuna en el dia, ilustres escritores, católicos y hasta protestantes, vindican la noble empresa de Gregorio VII y restablecen la verdad histórica.

No hablariamos de Mr. Agustin Thierry que combatió al Papa San Gregorio con groseras calumnias, si no tuviéramos el placer de añadir que rectificó sus errores, vencido por la fuerza de la verdad. El mismo Mr. Guizot, en una de sus últimas ediciones de la *Historia de la civilizacion en Europa*, se hace cargo de las oposiciones que suscitaron sus atrevidas teorías, y cita con el más profundo res-

1 *Revue Britannique*, août 1852.

peto los nombres de los tres adversarios que considera más formidables, á saber, el insigne Balmes en su obra *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*; Donoso Cortés en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales*, y el Abate Gorini en su *Defensa de la Iglesia contra los errores de MM. Guizot, Agustin y Amedeo Thierry, Michelet, père etc.*

En la defensa del Pontificado y de la grande obra de la Iglesia católica en la edad media, lo mismo podemos citar al ultramontano Conde de Maistre, que al protestante Voigt. Para saber cuántos esfuerzos de virtud y de sabiduría hizo la Iglesia empeñada en despejar el cáos de los siglos medios, se puede consultar á todos estos escritores, no faltando entre los protestantes quien haya hecho profundos estudios sobre dicha época. Util es M. Lingard, historiador de Inglaterra; excelentes son los trabajos de Hurter, ya como historiador de Inocencio III, ya por el estudio que hizo de las instituciones de la Iglesia en ese período. Unos mezclan elogios y censuras; los elogios salen de su conciencia, las censuras del espíritu de partido. No es posible olvidar algunas páginas de Chateaubriand en sus *Estudios históricos*, ni al Conde de Montalembert en su *Historia de Santa Isabel, reina de Hungría*, y en su obra *Los monjes de Occidente*. Los buenos estudios adelantan mucho.

«Yo estoy convencido, dice Mr. Troplong refutando á Gibbon, de que la política de la Iglesia fué muy buena.... Reinando Gregorio VII é Inocencio III, el Papado ejerció saludable influencia en la moralizacion de la humanidad» [1]

El libro de Rangerio dá nueva luz y nos confirma en lo que ya sabiamos acerca de las generosas miras del Pontificado, y sobre el espíritu de la Santa Iglesia, espíritu de sacrificio por salvar á la sociedad. Nosotros no queremos que renazcan las miserias de aquel tiempo, ni que se reproduzcan sus desórdenes: algunas de aquellas deformidades no pueden reproducirse, ó nó se reproducirán: es ridículo por lo tanto abrumar á fuerza de cargos á los que llevados de su amor á la Iglesia aplauden los esfuerzos de los santos y sábios reformadores, para redimir á la sociedad de los vicios y de las bárbaras costumbres de la edad media.

Si se pudiera prescindir de la Iglesia al comparar unos tiempos con otros, veriamos que algunos escritores que acaso afectan desconocer la historia y condenan la edad media á todo bulto, harian paralelos excelentes y sacarian muchas ventajas en favor de aquellos siglos tan vilipendiados. Los que apelaron á tantas sutilezas para encontrar en los pueblos bárbaros del norte el espíritu de libertad, y ricos gérmenes de civilizacion, no hubieran dejado de tributar entusiastas elogios á los esforzados varones que reformando las costumbres y dotando á

1 *De l' influence du Christianisme sur le droit etc.*

Europa y al mundo de instituciones admirables, hicieron por la causa de la civilizacion lo que parecia imposible. Pero esos reformadores eran Pontífices, esas instituciones llevaban impreso el sello cristiano, y no se quiere tributar á la Iglesia los elogios que merece de rigorosa justicia. La Iglesia católica que nosotros amamos y ellos aborrecen y persiguen, no halló gracia entre ciertos escritores, justamente porque ella sola descuella en esos siglos, y porque tuvo el genio, la santidad y energía necesarias para acometer una empresa tan admirable. Pero esta verdad se abre paso, y acabará por triunfar de las calumnias y preocupaciones de los críticos que siguen falsificando la Historia, en parte por desconocer los nuevos estudios que la ilustran y rectifican victoriosamente.

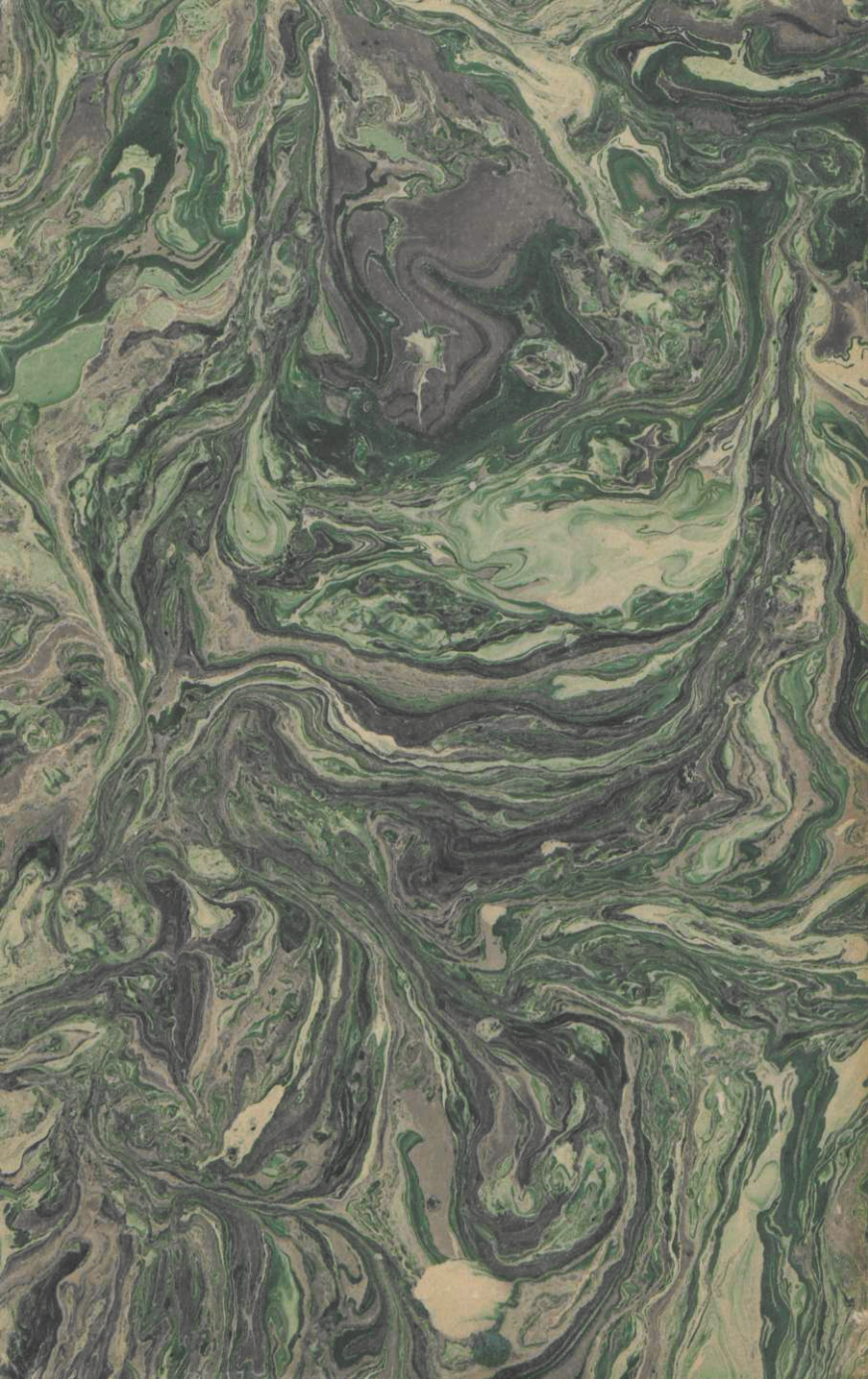
Digan lo que dijeren, la Iglesia Romana es lo que hay de más grande en la edad media: brilla por sus luces, domina por su poder, infunde respeto por su virtud. Crear el órden donde reinaba el cáos, solo pudiera hacerlo la Iglesia. Ella funda, ella combate, ella enseña, ella corrige, ella gobierna. Todas las almas de alto temple, todas las inteligencias privilegiadas, todos los hombres de génio, que cierto no escaseaban entonces tanto como ahora, eran suyos. La Iglesia los criaba, los educaba y los inspiraba; y ellos la amaban y la obedecian, honrándose con tomar alguna parte en aquella obra portentosa que el génio de la Religion pudo llevar á cabo con incansable perseverancia.

Solamente me queda por tocar un punto, al cual hice muchas referencias mientras sazonaba los animados diálogos de los personajes sacados de su oscuridad por el obispo Rangerio, ó me divertia dando algunas pinceladas sobre ciertos cuadros pintorescos que no habrá olvidado el curioso lector. Aludo con esta postrera indicacion al espíritu liberal que señalé en los revolucionarios de aquel tiempo, suposicion que parecerá extravagante y que nó deja de serlo hasta cierto punto, pero que tiene sus visos de verdad. Aquellas asambleas del pueblo que tuvieron en Italia las ciudades libres, y otras instituciones semejantes en España, Francia y Alemania, sirven de cadena en los raciocinios de los políticos modernos para hacer la apología de nuestras actuales instituciones, tan diversas de aquellas por el espíritu que las informa. Lo más general entre el ignorante vulgo que se cree ilustrado por superficiales lecturas, es condenar la edad media, es decir, el espíritu católico de aquellos siglos; pero los modernos políticos que la encomian, obran así por buscar en la organizacion de los *comunes*, en las populares asambleas y en las elecciones de magistrados, precedentes que justifiquen nuestro desdichado estado político que consume y mata la vitalidad de los pueblos, mientras aquel desarrollaba sus fuerzas y robustecia su sano temperamento. Por esto dice con razon el P. Taparelli: «Se continúa confundiendo todas las ideas, atribuyendo á la edad media lo que tan evidente-

mente milita contra su espíritu, fingiendo imitarlo mientras se trata de destruirlo, encomiándolo por un lado y condenándolo por otro... Condenemos los principios que envenenan esas mismas formas en daño de la sociedad.» [1]

El mal de entonces, el mal que pudo notarse en las asambleas populares y en las discusiones de que nos ofrece una muestra la *Vida de San Anselmo*, es de todos los tiempos, es el sello de nuestra imperfeccion nativa, si bien contrariado y neutralizado por un correctivo tan poderoso cual lo era el espíritu católico, que hacia imposibles los excesos y los absurdos que han logrado erigirse en principios de gobierno en las modernas Constituciones.

Pero la índole de nuestro estudio sobre el *Poema de Rangerio* no nos permite seguir adelante en estas y otras consideraciones temerosos de traspasar los naturales límites del discurso.

[1] *Exámen crítico del Gobierno representativo en la sociedad moderna*, tom. I. pág. 3.

FIN.